

HARLEQUIN

BIANCA

Cita a ciegas

Cita a ciegas

La doctora Susan Wheelan se horrorizó al descubrir que su hermana, Annabel, le había concertado una cita a ciegas.

Después de soportar la firme presión de Annabel para que aceptara ir al encuentro del desconocido, su único consuelo fue descubrir que el cirujano Adam Hargraves también había sido víctima de la manipulación de Bárbara, su propia hermana.

Adam era tan maravilloso que Susan no podía comprender por qué necesitaba ayuda para encontrar una mujer que lo quisiera… ¡que por cierto no sería ella!

Pero Adam tenía otras ideas…

Capítulo 1

UN CIRUJANO ortopédico? -Susan miró consternada a su hermana menor-. Annabel, estás loca. Has insistido en verme, me has sacado de una entrevista, has interrumpido mi programa de trabajo, ¿sólo para hablarme de un solitario cirujano ortopédico?

Mide un metro ochenta y cinco –prosiguió Annabel con una perseverancia irritante-. Y la entrevista no tenía importancia. Era sólo un representante de un laboratorio de fármacos, según me informó tu secretaria. Bueno, tiene el cabello oscuro y los ojos verdes. Es del signo Escorpión...

No me interesa su signo -gimió Susan-. No me hagas esto, Annie. Te prometo que has elegido al hombre equivocado. Sé que lo haces por ayudarme, pero te aseguro que no funcionará.

¿Qué tienes en contra de los cirujanos ortopédicos?

No son muy brillantes. Son hombres de acción, pero intelectualmente no tienen nada en el cerebro. Y no es un prejuicio. Es un hecho.

Escorpio es el signo perfecto para ti -continuó Annabel impertérrita, aunque una leve contracción en sus ojos bien maquillados denunciaba su contrariedad ante la falta de entusiasmo de Susan-. Por primera vez en tu vida, en tu aburrida vida, escucha a otra persona que no sea uno de tus preciosos pacientes. Te estás convirtiendo en una gazmoña.

No soy una gazmoña -se defendió Susan, consternada al oír las palabras de su manipuladora hermana, normalmente más diplomática.

Annabel continuó leyendo el anuncio.

Tiene treinta y seis años y casa propia.

Mi vida no es aburrida.

Sí que lo es. Monótona y aburrida. Trabajar, trabajar y trabajar. ¿Has calculado cuántas vírgenes de treinta y cuatro vagan por el mundo?

Me imagino que unas cuantas -respondió Susan, decepcionada por la opinión de su hermana-. Pero mi vida no es aburrida; además suelo salir de vez en cuando.

Sí, para acudir a esas horribles conferencias con ese tal doctor Dullby Dingbat. Eso no cuenta. Además es un fósil.

Doctor Duncan Dilly -corrigió Susan con aspereza-. Es un hombre muy amable y lo aprecio mucho. Es un psiquiatra brillante, además de erudito. En la profesión médica los cirujanos ortopédicos son como el hombre de Neandertal. Lo siento, pero es así. Carecen de inteligencia, de conversación, de trato social. Olvídate, Annabel, te lo ruego.

-Susie, no puedes pasar el resto de tu vida en soledad.

-No me opongo a conocer a alguien interesante -admitió Susan de mala gana. La mirada triunfal de su hermana le hizo adivinar que estaba decidida a no cejar en el tema-. De acuerdo, tienes razón en que no suelo conocer gente nueva. También es cierto que de vez en cuando me siento un poco sola. -Como le sucedía últimamente, cuando tarde por la noche, prácticamente se arrastraba a su pequeño piso vacío después de acabar el trabajo. Casi todos sus amigos comenzaban a casarse y a tener hijos-. De acuerdo, lo reconsideraré. Pero que sea una persona con la que tengamos algo en común, una persona con la que al menos se pueda mantener una conversación decente.

-Primero déjame terminar con este candidato. ¿Dónde estábamos? Nunca ha estado casado...

-Homosexual.

-No. Le gustan rubias, morenas o pelirrojas. Y entre sus aficiones hay que mencionar la navegación a vela, squash, buceo y rugby.

-Vaya, puesto que mis aficiones consisten en leer, bordar, ver la televisión y tejer, veo que congeniaremos perfectamente -observó Susan con ironía.

-No sabes bordar, no ves la televisión y lo único que has tejido en tu vida fue un cuadrado de lana lleno de agujeros, hace veinticinco años. Anímate, Susan. Me he esforzado mucho en esto.

-Si llamas esfuerzo al hecho de traer un recorte del periódico...

-Si miras la fecha te darás cuenta de que apareció hace tres semanas. Mientras tanto he estado muy ocupada. Lo creas o no, esta noche, a las ocho, vas a conocer a un hombre maravilloso. A la salida del metro de Covent Garden. Busco una relación sincera con una mujer tierna, encantadora y sensible, con fines matrimoniales. ¿No suena maravilloso? Y no está nada mal -Annabel se afanó en su voluminoso bolso hasta que al fin encontró una fotografía-. Aquí lo tienes. ¿Qué te parece?

Susan tomó la foto automáticamente. Era una instantánea un tanto desenfocada, hecha en una playa. Susan pudo ver a un hombre de pelo oscuro y complexión atlética montado sobre una tabla de windsurf.

-Es la primera vez que veo a un cirujano ortopédico sin la eterna chaqueta azul con botones dorados -murmuró, mientras en su interior admitía que el hombre estaba muy por encima de una simple buena presencia-. Pero no me interesa -insistió.

En primer lugar, su limitada experiencia con hombres le había demostrado que era inmune al atractivo sexual; segundo, que cuando no existía nada en común había que luchar para deshacerse de un entusiasmado abrazo tras una velada aburrida, y por último, que los

hombres apuestos tendían a ser mucho más insistentes en sus pretensiones sexuales. En suma, prefería a hombres menos perfectos.

Tampoco le preocupaba estar soltera. Le encantaba su trabajo, y a excepción de ciertos momentos de soledad, la psiquiatría llenaba su vida. Pero de alguna manera, en su interior no podía evitar pensar que el tiempo pasaba. Y como albergaba la esperanza de ser madre algún día, no dudaba de que tendría que esforzarse bastante por hacer más vida social si quería encontrar a alguien especial.

Ese pensamiento era lo que le impedía poner fin a los proyectos de Annabel; pero a la vez ese mismo pensamiento la empujaba a rechazar encuentros con hombres claramente incompatibles.

Como ese cirujano ortopédico, por ejemplo. No aceptaría que su hermana la obligara a aceptar esa cita aunque sintiese un poco de compasión por un hombre obligado a insertar un anuncio en la sección de corazones solitarios.

-Annabel, realmente no creo que...

-Muy atractivo. Mira ese pecho, y esos muslos. Vaya, vaya. No me importaría acurrucarme en ese pecho unas cuantas horas si no estuviera tan felizmente casada -dijo con entusiasmo-. Eres tan remilgada, Susie. Remilgada y mojigata. Dejas pasar las oportunidades una tras otra. Y llegará el día en que nadie se fije en ti -agregó al ver la expresión contrariada de Susan.

-Por favor, llámalo y cancela esa cita.

-No sé su número de teléfono y tampoco puedo localizado en la guía porque Adam, nombre con el que firmó el anuncio, al parecer es un seudónimo. Confío en que esta noche sabrás su verdadero nombre. Llevará un paraguas y el Evening Standard.

-Muy original. Como todos los hombres de Londres a esa hora. Annabel estás loca perdida. No iré a la cita. En cambio irás tú y le explicarás que todo ha sido un error y que...

-Susan, no puedes hacerme esto -la interrumpió alarmada-. Por otra parte yo no puedo ir. Mike y yo tenemos una reunión de padres en el colegio de Em. Además, imagínate cómo se va a sentir el pobre.

-Suelen tener la piel dura -comentó Susan, aunque empezaba a sentirse culpable.

-¿Desde cuándo un hombre que escribe algo tan maravilloso como este mensaje tiene la piel dura?

Susan hubo de admitir que no eran palabras propias de un cirujano ortopédico.

-Por favor, no -dijo en tono lastimero al pensar por primera vez que podría ser un marginado entre los de su categoría, un hombre que tal vez tendría que ocultar sus sentimientos ante sus colegas

machistas, como solían ser esos médicos-. Por favor, me haces sentir culpable -dijo con menos firmeza.

-Sólo quiero que lo imagines esperándote una o dos horas. ¿O tal vez hasta medianoche? Mil suposiciones pasan por su mente mientras lucha contra la desesperanza y ... -declamó Annabel dramáticamente.

-De acuerdo, de acuerdo, iré a la cita –gimió Susan finalmente.

-Sé que lo vas a pasar maravillosamente -exclamó Annabel abrazándola efusivamente-. Esta noche será fantástica para los dos. Estáis hechos el uno para el otro. Verás que tengo razón –agregó mientras se dirigía rápidamente hacia la puerta de la consulta de su hermana.

-Será de pena porque no tenemos nada en común -comentó Susan, afligida-. Espera, recuerdo que dijiste algo sobre los seudónimos. ¿Cuál es el mío?

-Gatita Sensual. Y no pongas esa cara. Con un anuncio como el suyo tuve que buscar uno que atrajera su atención. Seguramente habrá recibido cientos de respuestas. Y acerté, porque su carta refleja mucho entusiasmo.

-¿Dónde está la carta?

-La dejé en casa, pero decía que le ilusionaba conocerte, y que tu foto le había gustado mucho.

-¿Qué foto?

-Una instantánea que te hice durante unas vacaciones en la playa. Y ahora me marcho. Mañana cuéntamelo todo y con todo detalle. Adiós, hermanita -dijo encaminándose hacia el ascensor.

-Vértebras cervicales, alineación normal, sin fractura -corroboraba Adam lentamente al tiempo que examinaba una a una las diversas tomografías y placas radiológicas de su nuevo paciente-. No hay fractura craneal. Se observan fracturas en las costillas del lado derecho desde la novena hasta la undécima. Drenaje pectoral in situ, con escasa recogida de líquido. Escápula, hombro, las dos clavículas y esternón normales. Fractura transversal del tercio superior del húmero derecho con mínimo desplazamiento. Miembros superiores y resto de la columna, normales. Rotura completa del borde anterior y posterior de la pelvis con desplazamiento de la articulación sacroilíaca de la sínfisis púbica. ¿Se registran daños orgánicos?

-Uretrografía y cistografía retrógradas muestran vejiga y uretra íntegras -contestó su asistente al tiempo que le enseñaba las pruebas para que las confirmara-. Cateterización sin problemas. No hay evidencia de daños abdominales o neurológicos.

Ambos se acercaron a la cama de Tony Dundas, y Adam comenzó a examinarlo.

-¿Qué sucedió?

-Colisión de una moto contra un camión -informó el asistente mientras Adam palpaba el abdomen del joven que yacía inconsciente-. Fue lanzado de la moto a varios metros de distancia y cayó sobre el costado derecho.

-Ausencia de hemorragia intercraneal; drenaje pectoral in situ, como puedes observar; pequeño hemotórax en el lado derecho. Obstrucción sanguínea abdominal negativa -informó rápidamente Lawrence Noble, el médico anestesista que trabajaba en equipo con Adam en la unidad de traumatología del hospital St Martin's de Londres.

-Bien -asintió Adam complacido-. Es todo nuestro. Vamos a estabilizar la pelvis y fijar los huesos dañados -dijo tras acabar una exhaustiva exploración del paciente-. ¿Qué sucede, Chris?

Christopher McInnes, joven médico adjunto y asistente de Adam, informó enseguida.

-El quirófano está disponible. No hemos podido comunicamos personalmente con la familia, pero su padre ha enviado su autorización por fax y la administración está de acuerdo.

-Adelante entonces -dijo Adam.

Eran las tres de la tarde y Adam quería aprovechar cuanto antes la disponibilidad del quirófano, hecho muy poco usual a esa hora. Si comenzaban la operación de inmediato, acabarían poco después de las seis, hora en que los cirujanos de turno hacían cola para practicar intervenciones de urgencia.

-Adam, ¿podemos hablar un par de palabras en privado antes de que te marches?

-Larry, te he dicho que el asunto no me interesa. Olvídalo.

Además de colega, Lawrence Noble era su cuñado.

-Pero ella te estará esperando -protestó Lawrence-. Barbara lo ha organizado todo. En el metro de Covent Garden. A las ocho. No puedes arrepentirte ahora.

-Nunca he estado de acuerdo con esto y nunca he consentido en conocer a esa mujer. Y no me importa cuán maravillosa pueda ser, Larry. Estoy muy ocupado.

-Adam, dame un respiro. Barbara no para de hablar de lo que va a ocurrir esta noche. Si vuelvo a casa con la noticia de que has dejado esperando a esa mujer, me va a matar. Y no olvides que estuviste de acuerdo, si no por consentimiento, al menos por omisión. Desde hace meses sabes lo que estaba tramando tu hermana y le permitiste seguir adelante.

-No te matará. Y la única razón que me impidió detenerla fue el

pensamiento de que eso la mantendría quieta al menos cinco minutos. Con una mujer como la tuya, cualquier hombre en su sano juicio habría hecho lo mismo. Nunca se me ocurrió pensar que llegaría tan lejos como para elegir a una pobre mujer...

-Vamos, que es médico.

-¿Qué clase de médico? -preguntó Adam, frunciendo el ceño.

-Bueno, es... psiquiatra.

-Larry...

-De acuerdo, de acuerdo; pero recuerda que un psiquiatra también es un médico. Y te puedo asegurar que ella te...

Adam se volvió al oír una discreta tos a su espalda. Era Margaret, la enfermera jefe de la unidad de traumatología.

-Adam, siento interrumpir -dijo con una mirada maliciosa que sugería que al menos había escuchado parte de la conversación-. ¿Puedes firmar esto, por favor? Personalmente pienso que la cita a ciegas con la psiquiatra es una idea fantástica -agregó al tiempo que le tendía un formulario.

-Gracias -dijo Adam con una mirada de mártir dirigida al techo antes de firmar-. Por pura curiosidad, Margaret, ¿cuál es tu opinión al respecto?

-Es muy egoísta. Me enferma observar que a todas mis enfermeras se les cae la baba cuando andas por ahí. No podría asegurar que se van a refocilar si te casas, pero al menos eso las limitaría, y en lo que a mí respecta, cuanto más pronto mejor.

-Así que lelas, ¿no? No lo sabía –comentó Larry con interés-. Supongo que les pasaría lo mismo conmigo antes de que Barbara me atrapara. Te advierto que soy tan apuesto como Adam.

-Te creo, Larry, pero lo siento porque no era así -respondió Margaret con unas palmaditas en el brazo del médico anestesista. -Y te queremos, Lawrence. Aunque tu cuerpo no nos provoque arrebatos lujuriosos como sucede con el de Adam, te aseguro que te queremos. Y conténtate con eso -agregó antes de desaparecer de la habitación bajo la mirada exasperada de Adam.

Adam miró su reloj. Hacía diez minutos que los camilleros se habían llevado a su paciente al quirófano.

-Bueno. Olvida lo de esta noche -dijo rotundamente, al tiempo que se volvía hacia la puerta.

-Voy contigo -insistió el anestésista, trotando tras su cuñado a lo largo del corredor-. Adam, escúchame. ¿Crees que bromeo cuando te digo que Barbara me va a matar? Si no vas a la cita esta noche, soy hombre muerto. No puedo creer que no haya intentado agarrarte ella misma.

-Si intentar agarrarme significa dejar dieciocho mensajes urgentes con mi secretaria, entonces supongo que lo ha hecho -concedió Adam.

La verdad es que no se había esforzado en absoluto por devolverle las llamadas. En el fondo temía enfrentarse a la firme resolución que mostraba su hermana.

-Dieciocho -Lawrence dejó escapar un silbido-. Estoy en un verdadero aprieto. Adam...

-No.

-Sólo esta noche...

-Estoy muy ocupado, Larry. No terminaré esta operación antes de las seis y tengo mucho trabajo acumulado en el laboratorio. Pienso hacerlo estanoche.

-Espera, Adam. Sabes que el equipo aún no está preparado. Concédeme sólo dos minutos.

-Bueno, habla.

-Le prometí a Barbara que no te mostraría esto a menos que estuviera desesperado, pero de hombre a hombre, creo que es lo único que te puede convencer -dijo velozmente al tiempo que le tendía una foto-. Esta es ella. ¿Qué te parece?

Era una foto tomada en una playa en la que aparecía una mujer de cabello oscuro, tumbada bajo una sombrilla, los ojos cerrados y los brazos provocativamente alzados sobre la cabeza. Su hermoso cuerpo de pálida piel quedaba enteramente al descubierto, con excepción del triángulo de un pequeño tanga rosa bajo las caderas.

-Muy bonita -admitió Adam a regañadientes-. De acuerdo, me siento más ilusionado... ¿Y cuál es la historia?

-Se describe como una mujer romántica, sensual, divertida y entusiasta que busca experiencias vitales y apasionantes -resumió Lawrence tras leer una nota que se había sacado del bolsillo.

Más interesado de lo que estaba dispuesto a admitir, Adam notó la fragancia que despedía la carta que Lawrence sostenía en la mano. Durante lo que iba de año Adam se encontraba atiborrado de trabajo, especialmente debido a que la administración del hospital había decidido dejar vacante el puesto de un colega que se había jubilado. Por lo tanto el trabajo clínico y la atención directa a los pacientes habían aumentado considerablemente. Y luego tenía que entregarse a la labor de investigación. Las escasas horas libres las dedicaba a mantenerse razonablemente saludable; por tanto toda su vida social había quedado postergada por falta de tiempo.

Pero en ese momento, mientras admiraba las formas exquisitas del ángel de la fotografía, pensó en que hacía largo tiempo que no disfrutaba de la compañía de una mujer. Por primera vez en mucho

tiempo se sintió tentado. Además, la idea de conocer a una chica sin que representara ningún esfuerzo por su parte hizo que la idea pareciera más atractiva.

-Lo haré -declaró finalmente-. Pero eso no significa que no piense que la idea de Barbara es una locura.

-Ella sólo quiere verte casado y feliz –comentó Lawrence visiblemente aliviado-. ¿Qué quieres que le diga? ¿Que estás interesado en el asunto o que sólo será por esta noche?

-Sólo por esta noche -decretó Adam-. Creo que puedo permitirme un descanso.

-Además agrega en la carta que es del signo Virgo muy a su pesar. En todo el sentido de la palabra. No sé lo que eso significa, pero Barbara está un poco preocupada porque dice que por su signo zodiacal puede ser una perfeccionista. La chica prefiere hacer deporte bajo techo, pero está dispuesta a intentar otras actividades -terminó con un ligero silbido-. A mí me suena muy bien.

-Dame esa carta. Barbara te mataría si te escuchara -señaló Adam secamente, arrebatándole la perfumada carta-. Veamos. Deseo una relación sentimental divertida y apasionante, sin perspectivas concretas, abierta a lo que pueda suceder .Gatita Sensual -terminó de leer-. ¿Gatita Sensual? -repitió al tiempo que parpadeaba de sorpresa.

-Es sólo un seudónimo, Adam -intervino Lawrence precipitadamente -. Es normal utilizarlo en estas circunstancias.

-Parece que eres experto en el tema.

-No. Barbara me lo explicó. Sabe todo acerca de la redacción de estos anuncios. El que escribió por ti era fantástico.

-Enséñamelo.

-No lo tengo aquí.

-¿Qué decía?

-Sólo una descripción básica. Estatura, color del pelo, edad, aficiones, en fin, lo acostumbrado.

-¿Eso es todo?

-Virtualmente todo. Ha habido cientos de respuestas. Pero ésta es la mejor, y Gatita Sensual es con mucho la mejor de todas. Además de ser maravillosa, es médico. Así que tendréis tema de conversación.

-Es psiquiatra -le recordó Adam.

-Médico, al fin y al cabo. De todos modos, conociendo tu buena suerte, seguramente no hablaréis demasiado.

Adam frunció el ceño.

-Larry, esa no es...

-A las ocho. Metro de Covent Garden. Paraguas negro. Evening Standard. Te estará esperando. Y prométeme que me lo contarás todo.

No te olvides que mañana tenemos que operar. ¿Quieres que te despierte por teléfono? –dijo mientras bajaba las escaleras apresuradamente.

-No será necesario -dijo Adam impaciente, haciendo una seña de despedida.

Adam aún no había encontrado una mujer capaz de distraerle de su trabajo y, aunque ésta era muy atrayente, no veía ninguna razón para pensar que las cosas serían diferentes.

Capítulo 2

SUSAN llegaba con retraso al metro de Covent Garden. Además del estado natural de nervios, desconcierto y malhumor en que se encontraba, sobre todo tenía conciencia de estar totalmente empapada. La lluvia, que había amenazado toda la tarde, al fin había descargado con mucha fuerza en el preciso momento en que el autobús, que tardó más de lo habitual a causa del tráfico, la dejaba en la calle Charing Road.

A causa de los nervios había olvidado el impermeable en la oficina. Con el pelo húmedo, las mejillas rojas y las gafas empañadas, se mezcló con la multitud que buscaba refugio bajo el techo de la

estación del metro, mascullando unas cuantas maldiciones.

Tras advertir que la chaqueta y parte de la blusa estaban mojadas, se las ingenió para limpiar las gafas en la falda. Una vez que pudo ver con claridad, se aventuró a salir del improvisado refugio en busca del médico, bajo una persistente llovizna.

Tenía escasas probabilidades de encontrarlo entre el gentío. La fotografía que había visto no era lo suficientemente nítida como para reconocerlo fácilmente. Por lo demás, en todas las esquinas alrededor de la boca del metro había gente que esperaba, y virtualmente todos los hombres llevaban un paraguas negro y el Evening Standard.

Al cabo de unos minutos se percató de que una pareja guarecida bajo la comisa de una tienda, al otro lado de la calle, la observaba atentamente. El hombre, que llevaba un grueso abrigo y botas, era

demasiado bajo para ser el surfista Adam. No podía verle la cara porque, igual que su acompañante, se cubría la cabeza con una gorra de béisbol y grandes gafas de sol. Ambos volvieron la cabeza al notar que ella los miraba.

Decidió pasear, sin alejarse demasiado, observando atentamente a los hombres con la esperanza de encontrar a uno alto, atlético, de cabello oscuro, con un periódico y un paraguas. Pero lo único digno de atención era la pareja que no dejaba de observarla disimuladamente.

Cuando Susan comenzaba a pensar que se estaba volviendo paranoica a causa de la idea que germinaba en su cabeza, sintió que una mano se posaba en su hombro y se volvió rápidamente.

-Perdóneme -oyó una voz profunda.

Susan alzó lentamente la cabeza recorriendo con la mirada un traje oscuro de fina tela y corte inmaculado, una corbata clásica, una camisa de color claro, una barbilla fuerte y una firme boca bien dibujada, hasta llegar a los ojos de un fulgurante color verde, como nunca había visto en su vida.

La doctora parpadeó. Tuvo que reconocer que el hombre era más atractivo que el de la foto. Alto, moreno y de amplios hombros, coincidía con la imagen de la fotografía; pero frente a él, su estatura combinada con la verde intensidad de la mirada, lo convertía en una persona alarmantemente más atractiva de lo que había esperado.

-Es usted, ¿no? -balbuceó-. Aunque no tiene paraguas ni periódico.

-¿Qué dice?

-De acuerdo -cortó ella bruscamente al recordar que sólo era un cirujano ortopédico-. Presumo que usted es Adam, ¿no?

-Adam Hargraves -dijo al tiempo que estrechaba formalmente la mano enguantada de Susan-. ¿Y debo llamarte...?

-Bueno, ciertamente no me llamo Gatita Sensual -aclaró entre dientes-. Soy Susan Wheelan. Encantada de conocerte -agregó. Susan se volvió e hizo señas a la pareja que no dejaba de observarlos al otro lado de la calle-. Es mi hermana Annabel y su marido Mike. Espero que no lo tomes como cosa personal, pero me parece que han venido a espiarte.

-Te digo lo mismo -exclamó Adam señalando a otra pareja con grandes gafas que se paseaba junto a una tienda de ropa de hombres-. Mi hermana Barbara y su marido Lawrence. Seguramente han venido para asegurarse de que no han concertado una cita con una asesina que porta un hacha.

Susan abrió los ojos de par en par.

-¿Ellos te metieron en esto?

-No sabía nada hasta esta misma tarde -declaró con énfasis-. ¿ Y tú?

-Lo mismo. Exactamente lo mismo que tú -dijo sonriendo con un cierto alivio-. Annabel escribió la respuesta a tu anuncio y organizó todo sin decirme nada hasta hoy.

-Barbara fue la autora -dijo él-. Puso el anuncio, la carta, en fin, hizo todo el trabajo.

-¿Por tanto no estás... solo, deprimido y sin amigos, ni nada que se le parezca?

-Nada de eso.

Por su aire divertido Susan comprendió que era imposible que un hombre con esa apariencia sufriera depresión y soledad.

-¿ Y tú? -preguntó tranquilamente-. Aparte de estar empapada, se te ve segura de ti misma, o ¿escondes en tu interior a una mujer solitaria, desesperada por encontrar un alma gemela?

-En absoluto -replicó con la esperanza de que el alivio que sentía por escapar de la cita no fuera tan evidente-. Bueno, lo que quiero decir es que estoy soltera y que algún día me gustaría conocer a

alguien, pero actualmente estoy tan ocupada en mi trabajo que apenas tengo tiempo de pensar en ello.

-Entonces somos almas afines.

-No sabes cómo me alegro de oír eso -dijo entre risas-. Ahora me siento un poco tonta al haber pensado que tu ego podría haberse sentido muy agraviado si yo no comparecía a la cita. Bueno, señor Adam Hargraves, me complace saber que no necesitas mis consejos profesionales. Siento mucho que hayas perdido tu tarde por mi causa, aunque realmente ha sido un placer conocerte -dijo estrechándole la mano con firmeza. El alivio que sentía le había devuelto la confianza en sí misma-. Adiós.

-¡Espera! No te vayas así. Mira, voy a tener que invitar a una copa a ese par de lunáticos –dijo al tiempo que señalaba vagamente a la pareja que todavía los observaban desde la tienda de hombres-. Estás empapada. Necesitas secarte. ¿Qué te parece que nos reunamos los cuatro al menos una media hora? Me harías un favor, por lo demás. Barbara, no renunciará tan fácilmente si no comprueba que al menos hacemos un mínimo esfuerzo por conocemos.

-Si se parece a Annabel, entonces tienes razón -admitió Susan, sorprendida de que idea tan sensata surgiera de un cirujano ortopédico. Cualquier cosa que hiciera desistir a Annabel de emparejarla con un hombre tan poco conveniente le parecía bien, y como las dos parejas estarían presentes, no tendría que preocuparse por intentar entablar una conversación con el desconocido-. Sí, tienes razón. De acuerdo.

Mientras Adam iba en busca de los suyos, Susan tuvo que cruzar la calle para reunirse con la pareja que todavía fingía no reconocerla, por más que les hiciera señas con la mano.

-¿ Cómo te diste cuenta de que éramos nosotros? -protestó Annabel, volviéndose hacia Susan con mirada sorprendida.

-Parecéis sacados de una película de terror. ¿Os habéis vuelto locos? ¿Y qué sucedió con la reunión de padres?

-Acabó antes de lo previsto -explicó Mike con expresión de borrego-. A última hora Annabel comenzó a preocuparse de que el hombre resultara ser un asesino en serie.

-Bueno, ¿y qué? -preguntó Annabel, quitándose las gafas.

-No está mal. No es muy brillante, naturalmente, pero está bien. Aunque es obvio que somos absolutamente diferentes -observó Susan enfáticamente-. Sin embargo, haciendo gala de su cortesía nos ha invitado a una copa.

Después de las presentaciones, los seis se dirigieron a un pub de estilo antiguo, no lejos de allí, que Mike y Lawrence parecían conocer

bien.

Lawrence, el cuñado de Adam, parecía amistoso, pero su esposa Barbara, hermana de Adam, la miraba con recelo.

Barbara y Annabel se sentaron en los dos asientos que quedaban junto a una mesa vacía, mientras que Susan y los hombres se instalaron junto a la chimenea, con las bebidas que Adam había traído.

-Así que eres psiquiatra. Eso debe ser muy... interesante -comentó Lawrence que se había presentado como médico anestesista y que la miraba como si fuera un apetitoso pastel.

-Así es -contestó con suavidad.

-¿En qué hospital trabajas?

-Reparto el tiempo entre el St Luke y el St Martins.

-Ambos trabajamos en el St Martins -comentó Adam tranquilamente.

Susan asintió con la cabeza sin mayor sorpresa. No tenía nada de extraño que nunca antes se hubieran encontrado porque el servicio de psiquiatría se encontraba en un pabellón independiente, lejos del edificio central del hospital.

Se estaba muy bien junto al fuego. Al cabo de un momento se quitó la chaqueta, prácticamente seca, con la esperanza de que el calor terminara de secarle el resto de la ropa

.

-Hace sólo tres años que trabajo en el St Martins -agregó acomodándose la chaqueta en un brazo.

Al sentir que Adam no hacía ningún comentario, alzó la mirada rápidamente y se puso rígida al notar que el hombre retiraba lentamente la vista de la curva de sus pechos, muy marcada bajo la blusa todavía húmeda.

Susan vaciló, súbitamente aturdida. No sabía cómo reaccionar ante la descarada mirada masculina. Se había quedado sola con el cirujano porque Mike y Lawrence, embebidos en una discusión sobre rugby, se mantenían aparte de ellos. Susan se tapó la parte delantera con la chaqueta, totalmente ruborizada.

-Así que eres aficionado al buceo con escafandra -dijo al fin abruptamente, mientras intentaba ignorar la mirada divertida del hombre que había notado su gesto defensivo-. Eso debe ser fascinante.

-Depende de dónde lo practiques –respondió Adam escuetamente, sin intención de disipar el denso silencio que se había interpuesto entre ellos.

Susan miró por encima del hombro al oír la risa estridente de Annabel, y a juzgar por la expresión de ambas mujeres, se veía a las

claras que disfrutaban enormemente de la mutua charla.

-¿ Y dónde sueles navegar? -preguntó volviéndose a Adam.

-Por aquí y por allá.

La mirada del hombre era completamente impersonal, así que Susan se sintió más relajada. Colocó la chaqueta cuidadosamente doblada en el alféizar de la ventana junto a ella, mientras se amonestaba por comportarse de forma tan ridícula.

-¿Pido lo mismo para todos? -invitó Mike alegremente, dirigiéndose al bar sin esperar respuesta.

-Para mí que sea doble -gritó Barbara.

Afortunadamente Susan no tuvo que seguir esforzándose en entablar conversación con Adam porque Mike y Lawrence se acercaban otra vez y todos continuaron discutiendo sobre rugby, en medio del bullicio general de los clientes y en especial de las dos mujeres sentadas detrás de ellos.

Justo en el momento en que Lawrence anunciaba que le correspondía invitar a otra copa, Susan oyó a Annabel pronunciar la palabra «virgen», seguida de una exclamación de incredulidad proveniente de Barbara.

Susan se volvió; las mujeres se callaron de inmediato y le devolvieron una mirada tan inocente que Susan dudó de su propia salud mental.

-Debo irme ya -dijo precipitadamente.

-Yo te llevaré -se ofreció Adam.

-Por supuesto que no. Puedo ir en metro. No es tarde y parece que ha dejado de llover -declaró.

Tras echar una mirada al reloj, acabó su copa con gesto decidido.

-Te la he pedido doble -murmuró Lawrence en su oído al tiempo que le ponía otra copa en la mano-. Es bueno para levantar el ánimo. Pruébala. Te gustará -dijo alejándose de ellos.

Olía tan fuertemente a alcohol que Susan no tuvo necesidad de probarla.

-Casi nunca bebo alcohol -explicó a Adam con cierta timidez-. No me gusta.

Sin hacer mayor ruido, Adam se llevó la copa al bar y en un segundo volvió con una bebida muy suave. Tan discretamente hizo el cambio que nadie se dio cuenta.

-Si no te gusta déjala en la ventana.

-Gracias. Me la tomaré -dijo ella, conmovida por el gesto del hombre al tiempo que pensaba si no se habría equivocado en su primera apreciación sobre él.

-El anuncio de tu hermana decía que eras aficionado al rugby.

¿Perteneces a un equipo o disfrutas como espectador?

-Solía jugar. Pero últimamente estoy muy ocupado -dijo con los ojos fijos en los de ella. De pronto la intensidad de su mirada se endureció y Susan intuyó que el hombre había decidido hacer algo.

-¿ Qué te parece si las quitamos? -dijo al tiempo que dejaba la cerveza en la ventana y, ante la mirada atónita de Susan, le quitaba suavemente las gafas-. En la fotografía no las llevabas.

-¿Qué fotografía? -preguntó Susan mirando el rostro borroso del hombre con ojos parpadeantes-. ¿Por qué haces esto?

-Porque no puedo verte bien.

-¿Me las devuelves, por favor? -le pidió, nerviosa, pero decidida a mantener su dignida d. Podía armar una escena, pero temía hacer el ridículo especialmente frente a Mike y Annabel.

-Pronto. Cuando te haya mirado bien -dijo alzándole la barbilla-. ¿De qué color son tus ojos?

-Sólo azules -replicó con voz ronca. No era capaz de comprender por qué se sentía tan vulnerable frente a él por el sólo hecho de haberle quitado las gafas, y tampoco por qué su gesto ya no le parecía repelente sino extrañamente estimulante-. Aunque a veces cambia de tono con la luz. Soy muy miope. No puedo verte con nitidez -comentó con voz entrecortada.

-Entonces deberías aproximarte más a mí –dijo atrayéndola suavemente hacia sí.

Tras apartar la chaqueta de Susan, se sentó en el alféizar de la ventana colocando a la mujer en el espacio entre sus piernas abiertas.

-¿Mejor ahora?

-Ahora te veo con más claridad -convino ella débilmente.

Susan sintió un escalofrío al notar que la sensación de encontrarse aprisionada entre sus piernas no le era desagradable.

-¿Qué pasa? ¿Estás nerviosa, Susan? -preguntó suavemente.

-Un poco -concedió ella-. ¿ Y ahora podrías entregarme las gafas, por favor?

Adam se las colocó suavemente. Susan se volvió a mirar a los otros. Se habían sentado a la mesa de las mujeres y todos reían como si hubieran sido amigos de toda la vida, totalmente ajenos a lo que sucedía entre ellos.

Susan se volvió lentamente hacia Adam. Todavía la sujetaba entre las piernas, pero sin hacer ningún movimiento. Con las gafas recuperadas, se sentía menos vulnerable, pero no menos intrigada por la cálida sensación que invadía su cuerpo.

-Eres un hombre muy seguro de ti mismo, señor Adam Hargraves.

-Y tú tienes una boca preciosa, doctora Susan Wheelan. ¿Por qué

no me permites llevarte a un lugar donde pueda tocarte como estoy deseando?

No sabía qué hacer. Ningún hombre le había hablado nunca tan descaradamente como el que tenía frente a sí, y nadie había mirado su boca de la manera que lo hacía Adam.

-No quiero ir a ninguna parte contigo. No tenemos nada en común -dijo débilmente al tiempo que se preguntaba por qué la idea no le parecía tan descabellada.

-Eso no es importante -dijo suavemente atrayéndola más hacia sí, mientras le rodeaba las caderas con los brazos-. Lo que verdaderamente importa son las diferencias. Y tú eres una mujer, una hermosa mujer -susurró tocándole la frente con los labios mientras le abría el primer botón de la blusa, sin que ella ofreciera la menor resistencia.

-Estás intentando seducirme -murmuró Su-san-. No tienes la menor vergüenza. Tu hermana y mi hermana están a un metro de nosotros. Sólo hace dos horas que nos conocemos. ¿Todos los cirujanos ortopédicos sois iguales?

-¿ Y todos los psiquiatras suelen hablar tanto?

Afortunadamente la blusa era de cuello alto porque ya la había abierto hasta el cuarto botón sin llegar al escote todavía. Susan le tomó la mano para detenerlo.

-No es una buena idea.

-Estás equivocada. Es una excelente idea. Quiero tocarte -murmuró bajando la cabeza hasta besarle la garganta-. Quiero besarte los pechos.

Nunca en toda su vida Susan había sentido la ola de calor que entonces la invadía.

En ese momento, Barbara se acercaba a ellos con paso tambaleante, rompiendo la inercia que se había apoderado de Susan.

-¡Adam, rata! ¡Detente! Deja en paz a la pobre chica. ¡Suéltala ya! -ordenó al tiempo que le propinaba unas palmadas en las manos. Cuando finalmente Adam la liberó de la presión de sus piernas, Barbara se la llevó aparte-. Pobre Susan. ¿Estás bien? -preguntó al tiempo que le abotonaba la blusa-. Lo dejan solo cinco minutos y empieza a quitarte la ropa -Barbara dirigió a su hermano una mirada de repugnancia-. Pobrecita. Debes haber sufrido una fuerte impresión. Siento tanto que nos hayamos olvidado de ti.

-Realmente me encuentro bien -protestó Susan, perpleja ante su propia conducta y ante el revuelo que armaban los otros.

El hecho de haber respondido a un hombre que no sólo era un extraño sino también alguien con el que nunca había mantenido

ninguna vinculación intelectual o emocional, echaba por tierra todas sus anteriores creencias sobre la necesidad de estar enamorada para sentir excitación sexual.

-Deberías haberlo dejado -decía Annabel alegremente, mientras empinaba lo que quedaba de una bebida que olía fuertemente a alcohol-. Era parte del ejercicio.

-Susan no es de esa clase de chica –replicó Barbara con expresión de reproche-. A un tipo como Adam no debería permitírsele estar cerca de una chica inocente como Susan.

La doctora se sintió enferma.

-No puedo creer que se lo hayas contado –dijo con voz apagada mirando a su hermana sonrojada hasta la raíz de los cabellos.

-Susie, tuve que hacerlo -replicó Annabel-. Barbara pensaba que eras una especie de devoradora de hombres y que Adam no estaría seguro a tu lado. Fue a causa de la fotografía. Y ellos te han interpretado mal -explicó a la defensiva.

-¿Qué fotografía? -preguntó Susan cautelosamente ante las risitas de ambas mujeres.

-Una que te hice en España el año pasado. El primer día de vacaciones, ¿recuerdas?

-¿No será una foto con ese odioso bikini? -preguntó trémula.

Recordaba perfectamente que ese día había dejado el bañador en la villa que habían alquilado, lejos de la playa, y había tenido que ponerse un minúsculo bikini rosado de su hermana. Annabel tenía menos pecho que Susan, así que el sujetador le cubría sólo lo esencial.

-¿Así que me hiciste una foto en esa facha?

-¿No te dije que era muy remilgada? –Annabel se volvió a Barbara que asentía con aire de conocedora.

-El caso es que no llevabas el bikini completo.

-¿ Qué quieres decir?

-Quiero decir que dejes de lamentarte –replicó Annabel al tiempo que le daba un golpecitos en el hombro con la torpeza de quien ha bebido demasiado-. Te quedaste dormida después de haberte desprendido el sujetador. Y te la hice a hurtadillas. Al principio iba a ser una broma, pero al darme cuenta de lo magnífica que estabas, pensé que algún día esa foto podía ser útil. y ha servido

para que conocieras a Adam. Eso era lo que querías, ¿no?

-No, no era eso -protestó Susan-. Sabes muy bien que no había oído hablar de Adam hasta el día de hoy.

-Pero ahora ya lo conoces. ¿No es fantástico? ¿Ves como yo tenía razón?

-Tengo una reunión temprano por la mañana. Así que me marcho.

-Susan tiene razón, amigos. Es lo suficientemente mayor para cuidarse sola. Así que si desea que la dejemos sola, eso es lo que haremos, ¿no os parece? -dijo Mike.

Todos aprobaron, pero Adam se mantuvo inconmovible. .

-¿Taxi o coche? -preguntó con toda calma.

-Metro -respondió Susan, resignada-. Definitivamente el metro. La verdad es que eres muy insistente.

-Lo soy cuando quiero algo.

Barbara, que había alcanzado a oírlo, se volvió alarmada, pero Annabel la tomó del brazo.

-Déjalo solo. Ellos están bien. Adam es exactamente lo que Susan necesita. Y le hará muy bien, créeme.

Capítulo 3

JURO que un día voy a matar a mi hermana -dijo Susan mientras se alejaban del pub.

-Sólo intenta ayudarte. Ella cree que sabe lo que puede hacerte feliz -comentó Adam, pensando en su propia hermana.

-Entonces está equivocada. Perdóname si mi conducta se prestó a una mala interpretación por tu parte. Quiero que sepas que no fue mi intención alentarte. No acostumbro a coquetear con hombres que apenas conozco.

Adam sonrió. Empezaba a comprender que se había precipitado. Aún a sabiendas de que ambos habían acudido a una cita preparada de antemano, él se había permitido excederse a causa de una carta y una fotografía demasiado audaces. Estaba irritado consigo mismo por haber reaccionado como lo hizo, aunque el cabello empapado de la mujer sobre los hombros y la ropa húmeda pegada a su cuerpo increíble habían acabado con su sensatez.

Adam se había sentido verdaderamente cautivado desde el primer momento en que la vio.

Si hubiera prestado atención a lo que ella decía y a su forma de comportarse, se habría dado cuenta de inmediato de que no era una chica experimentada, como había supuesto apenas verla.

-Bueno, yo...

-Lo mejor que podemos hacer es sencillamente olvidar que esta noche ha existido -interrumpió Susan con decisión.

-No puedo hacer eso. Ahora comprendo que no eres una chica sexualmente... sofisticada, como me lo advirtió Lawrence.

-¿Lawrence? -Susan se detuvo en medio de la calle, atónita-. ¿Lawrence te dijo eso? ¿Quieres decir que Annabel se lo contó a todo el mundo? -agregó apartándose de él.

-Si todo el mundo significa nosotros tres, entonces supongo que lo hizo -comentó al tiempo que sentía una gran tentación de besarla al verla frente a él con la boca abierta de asombro-. Para ser más exactos, Annabel se lo dijo a Barbara y Barbara se lo contó a Lawrence. Mi hermana nunca ha sido capaz de mantener la boca cerrada, especialmente si se trata de algo tan... delicioso.

-¿Delicioso? Cuando mi hermana lo supo me dijo que era un ejemplar raro. ¿Así que no piensas que es algo... anormal?

-Desconcertante tal vez.

-Tengo treinta y cuatro años.

-¿Qué quieres decir? -preguntó tocándole con el pulgar el carnoso labio inferior, contento de que no se apartara pese a su expresión alarmada.

-Soy demasiado mayor para experimentos sexuales de adolescentes -dijo con voz ronca al sentir la mano de Adam acariciándole la nuca.

-No soy adolescente y no hago experimentos contigo -murmuró, al tiempo que olía la suave fragancia del cuello de Susan-. Eres tan suave. Deliciosa. Abre la boca -murmuró, tocándole los labios con la lengua.

Consciente de la inexperiencia de Susan, tal vez necesitaría mimarla con suavidad hasta provocar su excitación sexual. Estaba preparado para hacer todo lo que fuera necesario.

Pero no estaba preparado para lo que sucedió al deslizar una mano bajo la blusa con la intención de acariciar uno de sus maravillosos pechos. De inmediato notó que Susan se paralizaba, y segundos más tarde una rodilla femenina lo golpeaba certera y dolorosamente entre las piernas.

Casi sin aliento se desplomó contra la muralla de un edificio y antes de poder decir algo para detenerla, ella se encontraba junto al bordillo, y luego dentro de un taxi, y luego lejos de su vista.

Lawrence llegaba tarde la mañana siguiente. Pálido y con los ojos pesados de sueño, entró al cuarto del personal, junto al quirófano.

-¿Una noche muy agitada? -preguntó Adam, irritado ante la impuntualidad de su cuñado.

-Annabel nos llevó a un club espantoso. Sólo he dormido dos horas. ¿Y cómo te fue a ti?

-Vamos a empezar de inmediato con nuestro paciente-replicó Adam imperturbable.

-¿ y la encantadora Susan?

-Vamos, muévete ya, Lawrence -Adam sacó una mascarilla de una caja y se la ató en la cara-. ¿Dónde está mi paciente? Soy el cirujano y tú el anestesista. No puedo empezar hasta que no esté dormido.

-De acuerdo, de acuerdo. Mensaje recibido. Pero Barbara no te soltará tan fácilmente. Vendrá a hablar contigo -gruñó Lawrence mientras se alejaba por el corredor.

Adam se puso las gafas protectoras que utilizaba para operar y fue a lavarse, jurándose que no estaría disponible.

Se fregó prolijamente las manos con un cepillo y luego se las secó rápidamente.

Mientras la enfermera le ataba la bata, él se ponía los guantes.

Al parecer Lawrence se había afanado porque el paciente ya estaba dormido cuando entró al quirófano. Lo habían acostado boca abajo para facilitarle a Adam la extracción de fragmentos del hueso de la cadera izquierda. Luego tendrían que colocarlo boca arriba para realizar el trasplante en la fractura de la tibia derecha.

-Sacaremos el fragmento de la cresta ilíaca -explicó a Christopher, su asistente.

Valerie, la enfermera a cargo del instrumental, ya había limpiado la parte delantera del paciente. Luego, Chris y Adam lo cubrieron con una solución yodada desde la cintura a los tobillos.

-Escalpelo -ordenó Adam después de haber protegido debidamente las zonas de intervención-. Diatermia. ¿Aspiración?

-Diatermia, sí. Aspiración conectada --dijo Valerie al tiempo que le tendía el bisturí. Adam practicó una pequeña incisión justo bajo la prominencia de la cadera del joven-. ¿Cómo te fue en la cita con la psiquiatra? -inquirió pasándole los fórceps que separarían las fibras musculares.

Adam alzó los ojos del hueso y le lanzó a su cuñado una mirada acusadora.

-Yo no he dicho nada -protestó el anestesista.

-Margaret nos lo contó; pero esta mañana decidió no hacer preguntas, al verte tan sombrío -explicó Valerie con una mirada chispeante sobre la mascarilla-. Vamos, Adam, me muero por saber algo. ¿Cómo te fue?

-Raspador -ordenó Adam-. Gasa salina para Christopher. Ahora voy a extraer el hueso.

A medida,que extraía fragmentos, los limpiaba prolijamente con la gasa que sostenía su asistente.

-¿Más gasa? -ofreció Chris.

-Otro tapón -ordenó bruscamente unos cuantos minutos más tarde. Luego presionó el tapón en el borde del hueso que había utilizado-. Todavía rezuma. Voy a necesitar cera. .

-Es maravillosa -comentó Lawrence alegremente-. Una verdadera muñeca. Se llama Susan Wheelan y trabaja aquí. ¿La conoces?

Valerie negó con un movimiento de hombros.

-Fui a una conferencia suya sobre el tipo de paciente suicida. Muy buena profesional. Y bonitas piernas -comentó Christopher.

-¡Y si vieras el resto! -exclamó Lawrence.

-Basta, Larry -ordenó Adam con una mirada furiosa-. Estás en mi quirófano, no en un club de rugby.

Y volvió a ensimismarse en la tarea de suturar el músculo que cubría el hueso.

-Muy interesante -comentó Valerie-. ¿Entonces te gustó?

-Prolene para la piel. Ahora -ordenó Adam.

-Aquí la tienes. Toda tuya. ¿Y tú le gustaste a ella? -insistió Valerie.

Adam vendó rápidamente la herida.

-Saco de arena bajo el glúteo derecho. Torniquete, ahora.

Lawrence infló el torniquete en tomo al muslo.

-Eres nuestro soltero favorito. Todas las enfermeras hemos hecho una apuesta. Si no te casas a fines del próximo año pierdo veinte libras. Pero si lo haces, gano cincuenta.

-Ya puedes pagar -dijo Adam al tiempo que practicaba una incisión vertical en el lugar de la fractura de la tibia. Minutos más tarde retiraron el músculo y las vendas que rodeaban el hueso y con la ayuda de una palanca Adam dejó al descubierto la fractura. Luego limpió cuidadosamente los ásperos bordes del hueso dañado-. Gasas.

-No te preocupes, Valerie. Barbara se encargará de eso. No perderás tu dinero -aseguró Lawrence.

Después de haber acabado el injerto, Adam estabilizó la zona con una placa de titanio, insertó un pequeño tubo de drenaje y cerró la herida.

-Escayola sobre la rodilla -le dijo a Chris al tiempo que se retiraba de la mesa de operaciones-. La renovaremos dentro de diez días. Buen trabajo. Cuando acabéis empezaremos con el siguiente caso.

Tras terminar casi a la una, hicieron un descanso para almorzar. Adam fue a su despacho, pero de inmediato se arrepintió al ver a su hermana sentada en la mesa de la secretaria, charlando animadamente.

-Pensé que estarías en la cama con una tremenda resaca. ¿A qué debo el honor de tu visita? -saludó al tiempo que la dejaba entrar en su despacho.

-Así que estamos gruñones hoy, ¿no? Annabel fue a verla temprano en la mañana y la encontró sola. Me alegro de que haya tenido el buen criterio de despacharte.

-¿Esta charla tiene alguna finalidad o simplemente vienes a fisgonear?

-He encontrado a otra persona para ti. Es perfecta. Se llama Mónica y es profesora de educación física. ¿Qué te parece? -dijo mostrándole una fotografía.

Adam no era enemigo del matrimonio, pero sólo si encontraba una mujer con la cual pudiera comprometerse sin reservas para toda la vida. Y no tenía prisa.

-Barbara, te lo digo por última vez. Buscaré a mis propias mujeres en mi propio tiempo. No necesito tu ayuda -aclaró sin mirar la foto.

-Pero no tendrás a Susan -dijo ella con fiereza.

-¿Quién ha hablado de Susan? –preguntó Adam parpadeando.

-No necesitas decir nada. Te conozco. Déjala en paz. Sé razonable. Ella no es como la mayoría de las mujeres. No sería justo.

-Babs, ya es suficiente. Tengo que trabajar -dijo con gesto decidido

al tiempo que la conducía hasta la puerta con firmeza-. Vete ya. Adiós.

Ya había tenido suficientes consejos fraternales por ese día y quizá por el resto de su vida.

Susan no sabía qué hacer con las rosas. Sólo tenía: un florero. ¿Dónde podría poner seis ramos?

-Y toma ésos también -le dijo a su secretaria que la miraba con divertida sorpresa-. Se mantendrán bien en el fregadero hasta que puedas llevártelos a tu casa.

Los ramos de rosas rojas, frescos y aún cubiertos de rocío, se alineaban en su mesa. Allí había un despliegue de flores, que iba desde tiernos capullos hasta aquéllas totalmente abiertas. Habían estado llegando toda la mañana, cada uno con una nota. Su fragancia era demasiado exquisita para arrojarlos a la basura, como lo pensó en un principio.

-Parece que el mensaje es igual a los otros -dijo Rachel al tiempo que le tendía una tarjeta-. Sólo la palabra Perdóname y su número de teléfono. ¡Qué romántico! No puedo creer que todavía no lo hayas llamado.

- Y no lo haré.

-¿Pero no podrías llamarlo sólo para explicarle por qué no quieres volver a velo?

-A un tipo como Adam Hargraves no le aflige sentirse rechazado por una vulgar psiquiatra -comentó Susan-. Si lo vieras, lo comprenderías. La verdad es que no puedo imaginármelo falto de mujeres.

-Es maravilloso, generoso y muy sensible-agregó Rachel.

-No niego que tiene clase -concedió Susan.

Aunque también era demasiado intenso para su tranquilidad mental.

No veo ninguna razón para que perdamos el tiempo con esta historia. Tengo ronda en la sala Winchester, por si me necesitas. y si llegan más flores no me lo digas, limítate a deshacerte de ellas.

Las rondas semanales en el servicio central de psiquiatría aguda eran diferentes a la de otras especialidades. En lugar de pasar visita a cada paciente, todo el equipo vinculado a la unidad psiquiátrica se reunía en la gran sala de visitas con sus respectivas notas y comentaba el progreso de cada uno de los enfermos.

Terminaron la reunión con el caso de una de las pacientes de Susan, una mujer de cincuenta y cinco años que había estado internada en la sala de agudos durante tres meses, aquejada de una fuerte depresión resistente a la medicación, pero que se había restablecido de tal manera, que Susan consideraba oportuna su

reintegración en la comunidad.

-Resumiendo, Elizabeth ya no presenta tendencias suicidas. Incluso ha expresado optimismo en cuanto al futuro y deseos de volver a su trabajo. ¿Cuál es vuestra opinión? -preguntó.

-Doctora Wheelan, hace doce semanas la señora Bibby intentó ahorcarse en la lavandería comunal de su finca -empezó a explicar una joven asistente social, titubeando-. Sucede que el dueño del piso está decidido a echarla, alegando que debe varios meses y que además está loca. Pese a explicarle que se ha recuperado totalmente, no está dispuesto a admitirla en el piso. En este momento no contamos con alojamiento para ella, por lo tanto si usted le da el alta no tendrá dónde ir.

-Déjame el nombre y teléfono del dueño del piso e intentaré hablar con él -dijo Susan, concisa-. ¿Eso podría ayudar en algo?

-No se pierde nada con intentarlo -repuso la asistente social sin mayor convicción.

Cuando acabó la reunión el doctor Duncan Dilly, médico psiquiatra y jefe de la unidad, se acercó a Susan.

-No te olvides que mañana tenemos la charla a las siete y media.

-No me olvidaré -repuso la doctora con una sonrisa-. Me interesa mucho.

Duncan iba a dar una charla en la Escuela de Medicina sobre historia de la psiquiatría y ella había aceptado ayudarle.

-Duncan, ¿no te importaría si te hago una pregunta personal?

-Depende.

-No es nada serio. Sólo que me he preguntado si en todo. el tiempo que nos conocemos has pensado alguna vez en besarme.

-¿ Y dices que no es una pregunta seria? -el doctor se detuvo ante la puerta del despacho de Susan.

-No te estoy haciendo ninguna proposición -explicó ella rápidamente al percibir el desconcierto de su amigo-. Solamente me preguntaba si alguna vez habías considerado la idea.

-Francamente no -contestó con serenidad-. Eres una hermosa joven, Susan, que nunca se interesaría en un viejo como yo.

-¿ Y cómo sabes que nunca me interesaría por ti?

-Porque es obvio.

-¿Pero cómo puedes saberlo? Es posible que yo piense que no deseo que nuestra relación cambie, pero si sucediera, quizá yo podría sentir de modo diferente.

-¿ Qué quieres decir? Explícate mejor.

Susan se mordió el labio inferior, incapaz de encontrar las palabras apropiadas.

Nunca había tenido una vida social emocionante, al contrario de Annabel. En el colegio, y más tarde en la universidad, sus estudios habían sido más importantes para ella que el sexo opuesto. En esos años había tenido citas ocasionales. Las suficientes como para haber fundamentado el concepto que tenía de sí misma y de su capacidad de respuesta emocional y sexual hacia los hombres.

Desde su nombramiento como médico del hospital St Martin's, hacía tres años, raramente había conocido hombres merecedores de su interés.

Aparte de unas cuantas citas con amigos bien intencionados de Annabel, la mayoría de las veces había salido con Duncan.

Le desconcertaba el hecho de no haberse enamorado de él. Cierto que era bastante mayor que ella, que tenía dos hijos ya adultos y ningún deseo de tener otros; pero en todos los demás aspectos se compenetraban estupendamente. ¿Entonces por qué, a pesar de mantener una excelente amistad y de admirar su agudo intelecto y logros profesionales, no había sido capaz de sentir más que un gran afecto mezclado al placer de su tranquila compañía? .

Todavía bullía en su cabeza su respuesta física a Adam Hargraves. ¿Era una persona bastante más sensual de lo que había imaginado? ¿O, alarmantemente, su abstinencia había dejado al cuerpo incapacitado para discriminar cuándo y a quién responder?

-Verás, mi cerebro puede pensar que no deseo que me beses -expresó finalmente-. Pero si lo hicieras, quizá podría descubrir que mi cuerpo realmente lo deseaba. La experiencia podría ser diferente a lo que la mente había decidido anticipadamente.

-¿De qué teoría me hablas? ¿A qué autor te refieres?

-A nadie. No estoy hablando de ningún tipo de teoría psicológica. Solamente es una reflexión personal.

-Curiosos pensamientos -se limitó a responder, mirándola desconcertado al tiempo que le abría la puerta del despacho-.jQué hermosas rosas y qué fragantes! -exclamó con mirada de conocedor apenas vio el florero en la mesa de Rachel-. ¿Es tu cumpleaños?

-Fue hace dos semanas, doctor Dilly -le contestó Rachel en tono evasivo.

-Llévate éstas a tu oficina -dijo Susan al tiempo que retiraba una tarjeta del ramo que, al parecer, acababa de llegar-. Por favor, tenemos demasiadas. Y llévate este otro para Anita -agregó tendiéndole otro ramo para la secretaria.

-Muy generoso por tu parte -dijo Duncan atraído por las tarjetas que Susan estrujaba en la mano-. Así que no son para ti, Rachel.

-No, son para mí -confesó Susan-. Sólo que no las quiero -agregó

evasivamente.

-Ya veo. ¿Un admirador, Susan? –preguntó con interés.

-No, en absoluto. Duncan, tengo una reunión con la familia Wilson a las cinco. ¿Puedo utilizar el aula para seminarios?

-Desde luego. Yo iré a la sala dos -el psiquiatra aspiró con fruición los ramos de rosas que tenía entre los brazos-. Señoras, muchas gracias y adiós.

Rachel esperó hasta verlo desaparecer.

-Nueve ramos, Susan Tienes que llamarlo. Sea lo que sea que haya hecho debes perdonarlo. Si no lo haces, el envío de rosas podría ser imparabIe.

-Lo llamaré después de mi última reunión -dijo Susan apesadumbrada.

Finalmente tenía que admitir que la situación no podía continuar así.

-Me alegro de que hables con él. Pienso que es un buen partido, y además irresistible. ¿No crees?

-No -contestó Susan con un suspiro mientras abría la puerta-. Desde luego que no lo es. Yo estoy resistiendo, ¿no es así?

Capítuto 4

ADAM y Christopher fueron directamente a las salas Churchill y Chamberlain. Terminaron la ronda de esa mañana en la unidad de traumatología porque Adam deseaba ver al paciente que había operado el día anterior. Una vez junto al lecho, lo auscultó pensativamente. Tony estaba consciente y lúcido. Las fracturas parecían estabilizadas, y no necesitaba ventilación; por lo tanto podía ser trasladado a una sala común.

- Tony, tus familiares informaron a mi secretaria que has sufrido depresiones en el pasado.

-Y me dieron medicamentos -admitió el joven con voz apagada, tras una larga pausa-. Pero dejé de tomarlos hace dos años porque mi médico de cabecera dijo que ya no me hacían efecto. Me dio de alta cuando conseguí trabajo.

-¿Has visto a un psiquiatra alguna vez?

-No.

-¿ Y qué me dices del accidente de ayer?

-No me acuerdo -contestó con un vago movimiento de hombros, evitando mirar a Adam-. La moto resbaló en la calzada –murmuró tras una larga vacilación-. No me acuerdo de nada más.

-La policía dice que tu moto quedó destrozada -comentó suavemente Adam, sin dejar de observarIo.

En lugar de mostrar algún signo de preocupación, el joven nuevamente se encogió de hombros, sin mirarlo.

-¿Cómo estaba tu ánimo antes del accidente?

-Jaleos con la familia, como siempre. Nada nuevo.

-Me gustaría que te viera un psiquiatra. Quiero asegurarme de que no estás deprimido, porque si lo estás, tu ánimo puede haber contribuido al accidente.

-Si tengo que hacerlo... -aceptó con la misma indiferencia.

-¿Psiquiatra de turno? -preguntó Christopher cuando terminaron las visitas.

-Susan Wheelan -ordenó Adam al tiempo que escribía el número de teléfono de la doctora-. Cuadro depresivo. Hacía buen tiempo y la calzada estaba seca. Ausencia de alcohol en la sangre y orina clara. Pídele que lo vea cuanto antes; si es posible antes de que lo trasladen a la sala. Aquí las enfermeras pueden mantenerlo vigilado, pero en la Churchill están muy atareadas.

-¿No deberíamos llamar al psiquiatra de guardia? -preguntó el asistente con curiosidad.

-Recuerda que ella te dio una conferencia sobre este tipo de casos, por tanto debe ser una especialista. Y no quiero a otro, la quiero a

ella.

-Entendido -dijo el joven de camino a un teléfono-. ¿Menciono tu nombre o se supone que es un secreto?

-Haz lo que creas conveniente, pero que vea al paciente cuanto antes -dijo Adam bruscamente girando sobre sus talones.

La llamada de un médico adjunto de traumatología sorprendió a Susan. La reuni6n con la familia Wilson acababa de terminar y se sentía muy cansada.

-Hoy no tengo guardia -explicó vacilante-. ¿No debería comunicarse con el asistente del psiquiatra de guardia?

-Debería hacerlo, pero mi jefe, Adam Hargraves, insiste en que usted vea al paciente.

Susan se preguntó por qué no lo había adivinado antes.

-Según su opinión, señor McInnes, y no la desu jefe, ¿ Tony Dundas tiene tendencia al suicidio?

-En mi opinión hay buenas razones para creerlo -replicó Chris-. Ha padecido depresiones antes y ahora. La carretera estaba seca y es un motorista con experiencia. No había bebido; el análisis tóxico fue negativo y el conductor del camión informó a la policía que le había parecido que se desviaba directo hacia su vehículo.

El asistente había respondido de inmediato y con total seguridad, pero Susan aún fruncía el entrecejo.

-¿Realmente necesita atención inmediata? -preguntó dudosa.

-Se requiere la opinión de un psiquiatra para trasladarlo a la sala Churchill. Allí no tendría vigilancia especial.

-De acuerdo, iré. Explíqueme dónde se encuentra la sala de traumatología, por favor.

-Tercera planta, pabellón de cirugía. Cuando llegue a la entrada principal gire a la izquierda y verá los ascensores. Gracias, doctora Wheelan. Nos veremos.

Susan regresó rápidamente a su despacho para dejar el vídeo grabado durante la sesión con los Wilson y sus notas.

-Ya tenemos doce ramos -comunicó Rachel alegremente-. Le he prometido uno a todas las secretarias. ¿No lo has llamado todavía?

-Ahora hablaré con él -replicó Susan con los dientes apretados-. Voy al edificio principal. Tengo que ver a un paciente en una de las salas de cirugía. Rachel, si quieres puedes marcharte. ¿Llamadas?

-El dueño del piso de la señora Bibby no vendrá a verte, pero dijo que estaría en casa el viernes por la noche si es que tienes algo que decirle.

-Déjame su dirección y le haré una visita el viernes después de la clínica -dijo desde el despacho mientras cambiaba el vídeo por un

bolígrafo y un cuaderno de notas.

-En caso de que no puedas interrumpir el envío de flores le dejaré una nota al mensajero. ¿Dónde digo que las envíen?

-A las salas; al menos las enfermeras y los pacientes podrán disfrutarlas.

-¿No has 'pensado que podría estar enamorado de ti?

-Eres una romántica, Rachel. Siento desilusionarte pero aquí no hay romance. Sólo me toma como un desafío a su virilidad. Simplemente no me interesa. Hasta mañana.

No le fue muy difícil llegar a la unidad de trauma. Se detuvo en el pequeño vestidor para lavarse las manos y ponerse una bata, muy aliviada al ver que en la sala sólo las enfermeras se afanaban alrededor de las ocho camas. No había seña les de Adam Hargraves.

Susan entró en la sala y se acercó a la mesa.

-Soy Susan Wheelan, psiquiatra del hospital. Christopher McInnes me llamó para pedirme que viera a Tony Dundas.

-Hola, doctora Wheelan, soy Margaret Barton, enfermera jefe de la unidad -dijo con una amplia sonrisa y una mirada que a Susan le pareció de curiosidad-. Sé que Adam está preocupado por este caso.

-Me sorprende que no lo haya discutido antes con uno de mis colegas.

- Tony despertó esta mañana. Tras la operación y durante toda la noche pasó con ventilación asistida.

-¿Cuáles son sus lesiones?

-Fractura de pelvis, húmero derecho y ambas piernas. Ahora se ha estabilizado. Adam quiere trasladarlo a la sala Churchill.

-¿ Y su estado de ánimo?

-Deprimido. Nada le interesa. Casi no come y apenas se comunica con los demás.

-¿Familia?

-El padre, un hermano y una hermana en Londres. Pero no han venido. No tiene esposa ni novia. En suma, nadie ha venido a visitarlo.

-Gracias -dijo Susan, Mientras Margaret hablaba, había echado una breve ojeada a las notas del historial de Dundas-. Quisiera verlo.

La enfermera se levantó de la mesa y acompañó a Susan.

-A la derecha. Cama uno. Verá, espero que no le importe que le diga que usted es más joven y amable de lo que yo esperaba. Quiero decir, para ser psiquiatra -agregó al notar la mirada sorprendida de Susan.

-Quizá soy mayor de lo que piensa.

-Lawrence dijo que era muy bonita. Y así es.

-¿El anestesista Lawrence?

-Es uno de los directores de nuestra pequeña unidad. Comentó que habían pasado una agradable velada la noche pasada.

-Será mejor que vea a mi paciente -murmuró Susan al tiempo que se ajustaba las gafas con dedos temblorosos.

-Desde luego. Por aquí -la enfermera le dirigió una maliciosa mirada mientras descorría las cortinas alrededor de la cama de Tony.

-Abre los ojos, Tony. Sabemos que no estás dormido. Esta es la doctora Wheelan, la psiquiatra de la que te hablamos.

Susan pasó cincuenta minutos junto al paciente. No era demasiado tiempo para un diagnóstico completo, aunque solía hacerlo más rápido; pero Tony Dundas era un caso complicado.

Se alejó de la cama del paciente bastante preocupada, así que apenas le impactó ver a Adam Hargraves que, de pie detrás de la mesa, la miraba con aire pensativo.

-Hiciste bien en llamarme -dijo la doctora con calma-. ¿Hay algún lugar donde podamos hablar?

-Desde luego.

La condujo por un corredor lateral hasta un despacho para médicos.

-Bueno, antes que nada, sufre de una depresión clínica -informó lacónicamente al tiempo que se sentaba detrás de la mesa con mucho alivio. Sentía las piernas bastante débiles al verse a solas con el hombre-. Tenías razón. Tiene tendencias suicidas. Al parecer el accidente de ayer no fue un hecho premeditado, pero con toda certeza tampoco fue fortuito.

-¿ Quieres decir que deliberadamente se puso al alcance del camión?

-Fue un intento de suicidio espontáneo tras una discusión con su padre -confirmó mirando el bolígrafo para evitar la intensa mirada perturbadora de Adam-. Pero sus problemas vienen de mucho antes.

Rápidamente le hizo un breve resumen de la historia clínica que había obtenido del paciente.

-¿Entonces? -preguntó Adam.

-Es una larga historia de un proceso de baja autoestima e ideas suicidas que comienzan en la adolescencia, a raíz de la muerte de la madre. Al parecer aquello produjo una ruptura con el resto de la familia. La discusión con su padre se produjo en la primera reunión familiar, tras seis meses sin verse. Ha tenido dos episodios depresivos muy prolongados. El primero fue atendido por su médico de cabecera que le recetó antidepresivos. Pero no ha tenido tratamiento alguno en este último episodio que ha durado unos seis meses por lo menos. Aunque le preocupan sus pensamientos suicidas, según mi criterio es

posible que los lleve a cabo, dado que no está tan débil físicamente. Lo que sucedió ayer es una prueba convincente. Quiero decir que puede volver a atentar contra su vida. ¿Qué sucede con todas esas poleas, pernos y cuerdas? ¿Y esa placa de metal que tiene en las caderas? ¿Habría forma de quitársela?

-Todos esos artilugios le mantienen las piernas unidas a la pelvis. No se los podemos quitar, como verás. Tony necesita permanecer en una sala ortopédica y no me arriesgo a dejarlo en manos inexpertas con todo el equipo que tiene puesto -explicó Adam bastante irritado.

-Sé perfectamente que no puedo hacer frente a una pelvis y a unas piernas rotas. Pero te advierto que el joven es un peligro para sí mismo en una sala sin supervisión especial.

-No puede moverse de la cama -replicó impaciente.

-En un arranque de decisión puede hacer cualquier cosa. Es. perfectamente capaz de quitarse ese aparato que le habéis puesto, por ejemplo. Necesita supervisión especializada -insistió Susan.

-Puedo ponerle una enfermera ortopédica especializada, o si crees que no es suficiente, tú podrías enviar enfermeras del servicio de psiquiatría. ¿Qué necesita? ¿Terapia? ¿Antidepresivos? -inquirió Adam con brusquedad. Evidentemente no deseaba comprometer el estado de Tony enviándolo a otra sala que no fuera la de ortopedia.

-Antidepresivos para contrarrestar la depresión, junto a una cuidadosa observación a cargo de personal especializado. Será necesaria una terapia, desde luego; pero ahora lo primero que hay que hacer es proveer un entorno seguro. ¿Cuánto tiempo estará sujeto a esos aparatos?

-Doce semanas aproximadamente.

-Le pondré una medicación adecuada ahora mismo. Y le voy a pedir a la enfermera jefe de mi unidad que imparta un cursillo a tus enfermeras acerca del tratamiento a pacientes con tendencias suicidas. También podría conseguir autorización para dejar a dos enfermeras nuestras a su cuidado, tanto en cuanto tú proveas el servicio nocturno.

-Eso parece razonable -dijo inclinándose bruscamente hacia ella. Susan se echó hacia atrás instintivamente. Adam le lanzó una mirada burlona al tiempo que tomaba el teléfono que se encontraba junto a ella-. ¿Ves todo lo que se puede lograr cuando hay verdadera cooperación?

Susan ignoró la indirecta.

-¿Cuando lo trasladarán de esta sala?

-Probablemente ya lo han hecho. Avisaré a la sala Churchill que necesita vigilancia especial para esta noche.

-Voy a transcribir mis notas de la sesión con Tony. También

necesito un examen de la tiroides y vitamina B 12. Dejaré las recetas con el historial.

-Bien.

Consciente de la mirada de Adam mientras hablaba por teléfono, notó que las manos le temblaban mientras abría la carpeta con el historial de Tony.

-No es necesario que esperes -dijo cuando Adam cortó la comunicación-. Cuando acabe, yo misma llevaré las notas a la sala Churchill.

Irritada por su cobardía, tuvo que admitir ante sí misma que en ese momento. se sentía incapaz de abordar el asunto de las rosas y de excusarse por su violenta reacción de la noche anterior. Habría que postergar el asunto hasta que se sintiera más segura.

-No hay prisa -dijo Adam al tiempo que se reclinaba en la silla con las piernas estiradas, completamente relajado. A Susan no le cupo la menor duda de que esperaría hasta que hubiera terminado.

Sin decir una palabra reanudó su trabajo; pero un minuto más tarde alzó la mirada y sus ojos se encontraron con la mirada interrogante del hombre.

-Por favor, para ya -dijo con una mirada cargada de una ansiedad imposible de ocultar.

-¿Parar qué?

-Sabes muy bien a qué me refiero. Comprendo que estés acostumbrado a estar rodeado de mujeres, pero... creo que ya deberías haberte dado cuenta que eso no me va a suceder a mí.

-Anoche me precipité contigo. Lo siento.

-Así fue y acepto tus excusas. Por mi parte siento haber reaccionado tan violentamente. Espero no haberte hecho mucho daño.

-El dolor fue pasajero.

-Te ruego que no me envíes más flores. Ya no sé dónde ponerlas.

-Cuando hayas terminado, te llevaré a cenar.

-No.

-Mañana entonces.

-Mañana tampoco.

-Entonces el viernes.

-No.

-¿Es que nunca comes?

-Por favor, te ruego que no me obligues a ser grosera -dijo al tiempo que dejaba el bolígrafo en la mesa y lo miraba airadamente-. Creí haber dejado claro el asunto anoche.

-Los mensajes no estaban nada de claros. Y ahora tampoco.

-No me interesa este asunto.

-Si no te interesa, ¿por qué estás tan sensible?

-No lo estoy. Sucede que sencillamente tu arrogancia me deja atónita -replicó al tiempo que recogía sus cosas-. Terminaré de hacer esto en otra parte. Haré que una de nuestras enfermeras se presente en la sala Churchill mañana por la mañana. Y por cierto, dejaré dicho al personal de guardia que permanezca atento por si hubiera problemas durante la noche. También tendrá que tomarse un antidepresivo antes de dormir. Le haré un seguimiento regular y si necesitas información, información profesional, ya sabes dónde encontrarme, como lo has demostrado sobradamente.

-Piensas mucho, hablas mucho y sientes poco. ¿Por qué te asusta tanto comer conmigo? -inquirió al tiempo que se acercaba a ella y le sujetaba firmemente la muñeca.

-No es la comida lo que me asusta. Eres tú -siseó la mujer lanzándole una mirada furiosa mientras intentaba liberar el brazo-. Apostaría a que fuiste un niño malcriado.

-En efecto. Babs y yo somos hijos de padres mayores. Así que nunca nos negaron nada.

La profundidad de la voz masculina, el brillo burlón de sus ojos, y el suave movimiento del pulgar en su muñeca, la pusieron en trance.

-¿Nunca nadie te ha dicho que no? -preguntó en un susurro, hipnotizada por el magnetismo de la mirada de los ojos verdes.

-No recuerdo que haya ocurrido alguna vez.

-No me sorprende lo más mínimo. Somos completamente incompatibles. No tenemos nada en común -murmuró débilmente.

-Dedícame unas horas. Si estás tan segura de que somos incompatibles, pruébamelo. En cualquier lugar. A cualquier hora. Elige un lugar donde te sientas segura -murmuró junto al oído de Susano

-¿ y estaría realmente segura?

-¿De veras quieres estarlo?

-Sí, definitivamente, sí -dijo al tiempo que luchaba consigo misma, contra su propio deseo, para deshacerse del abrazo de Adam.

-Entonces te sentirás segura, si así lo deseas -prometió mientras se alejaba un poco.

-Mañana un colega amigo mío dará una conferencia en la escuela de medicina. En el auditorio Pasteur. A las siete. Después los tres podríamos cenar juntos, si todavía te interesa.

-¿Los tres?

-Dijiste que yo me sentiría segura.

-¿Crees que necesitas carabina?

-Duncan y yo siempre nos vamos a cenar después de las

conferencias. Somos muy buenos amigos. A menudo... salimos juntos.

-¿Muy íntimos?

-Sí.

Susan intentó volver la cabeza para evitar los labios del hombre, pero la boca de Adam ya se encontraba sobre la suya y la besaba apasionadamente, abriendo con la lengua los sensuales labios femeninos.

-A las siete -murmuró con voz ronca al tiempo que se dirigía a la puerta-. Puedes terminar de escribir aquí si quieres. Este es el despacho de Lawrence. No le importará que lo utilices.

Capítulo 5

DESPUÉS de dejar a Susan en el despacho de Lawrence, Adam volvió a la sala.

-Pensé que ya te habías marchado. Hace una hora que acabó tu jornada -comentó al ver a Margaret sentada junto a la mesa de trabajo.

-Estaba preocupada por la pobre chica, así que preferí esperar. ¿No le habrás hecho nada, no?

-No es pobre, no es una niña y es muy capaz de velar por sí misma. Para tu tranquilidad la dejé escribiendo su entrevista con Tony -respondió irritado, pensando en la indiscreción de su cuñado, responsable de todos esos despropósitos.

-La inocencia es un bien precioso, especialmente en los tiempos que corren, Adam. Ojalá pudieras tenerlo en consideración -comentó atribulada, pero al ver la expresión de Adam cambió de tema: -A propósito, ya hemos trasladado a Tony a la sala Churchill. ¿Qué opina la doctora del paciente?

-Depresivo y con tendencias suicidas. Las enfermeras de la Churchill tendrán que vigilado hasta que Susan pueda enviar personal especializado para dos turnos diarios. Y ahora, márchate a casa. Ya has trabajado mucho -Adam la tomó por los hombros y suavemente la empujó fuera de la sala-. Largo de aquí.

Los jueves, Susan trabajaba en el St Luke's. Solía pasar la mañana en reuniones con el personal y más tarde con sus pacientes.

Esa mañana cuando se acercaba a su despacho, se quedó paralizada al ver varios ramos de rosas, envueltos en celofán y con sendas tarjetas, apilados ante la puerta.

«Ya es suficiente», pensó abrumada. Estaba harta de rosas, harta del constante hostigamiento de Annabel, ansiosa por conocer detalles de su encuentro con el cirujano, y harta de sí misma por pensar continuamente en Adam y en su propia reacción cuando se encontraba cerca de él.

Tras recoger las rosas y entrar en el despacho como una tromba, arrancó uno de los mensajes y marcó el número que aparecía en la tarjeta.

Sin embargo, en lugar de Adam, le atendió la recepcionista que dijo llamarse Mary Lee.

-En este momento está operando. Si lo desea, puede dejarle un mensaje, o si es urgente, puedo enviar a alguien para que lo avise.

-No es urgente -dijo Susan apresuradamente-. Si es tan amable, dígale que su invitación a la conferencia y a la cena, no olvide esto último por favor, ha sido anulada.

-Conferencia y cena anuladas -repitió la voz juvenil.

-De parte de la doctora Susan Wheelan. O mejor, Susan. Él sabe quién soy.

-Así se lo diré, doctora Wheelan.

-Muchas gracias, Mary Lee.

Esa tarde, todavía se sentía contrariada mientras ayudaba a Duncan a preparar el material para la conferencia. Después de ordenar las diapositivas en el carrusel, las llevó al técnico de iluminación encargado de la proyección.

Más tarde, mientras los asistentes a la charla comenzaron a acomodarse en sus asientos, dejó las notas de Duncan en un atril sobre el estrado. A continuación fue a sentarse al fondo de la sala donde Duncan esperaba tranquilamente el momento de subir al estrado. Susan le dedicó una. amistosa sonrisa.

-Señoras y señores, bienvenidos a la conferencia de esta noche -comenzó el psiquiatra al tiempo que abarcaba con la mirada a la numerosa audiencia formada por colegas, médicos residentes y estudiantes-. Voy a hablarles de la historia de la psiquiatría, una historia tan sangrienta y brutal como la evolución de la cirugía moderna.

Susan se sorprendió un tanto ante esa dramática introducción, muy poco característica del temperamento de su colega,

-A fines del siglo XIV, el hospital St Mary of Bethlehem de Londres, posteriormente conocido como Bedlam, consistía simplemente en una serie de calabozos donde los rudimentarios psiquiatras del futuro practicaban torturas rituales con un entusiasmo muy similar al de los barberos cirujanos.

Hubo un revuelo al otro extremo de la fila seguido de movimientos y, segundos más tarde, un hombre se sentaba junto a ella.

-Un comienzo muy prometedor para una conferencia que iba a ser cancelada -dijo una voz grave junto a su oído-. Susan Wheelan, eres una mentirosa desvergonzada.

-Dejé dicho que tu invitación quedaba anulada, no la conferencia -siseó la doctora al tiempo que sentía una repentina rigidez en todo el cuerpo-. ¿Por qué has venido?

-Para mejorar mi estado mental. Es una suerte que estés aquí para traducirme las palabras que no entienda -murmuró al tiempo que le apretaba la rodilla cubierta por la falda.

-Te haré una fotocopia de la conferencia y luego buscas las palabras en un diccionario -dijo mordiente, mientras le retiraba la mano con brusquedad.

-La Edad Media en Europa significó una regresión de la práctica

psiquiátrica. El tratamiento mental pasó a manos de la Iglesia, cuyo miembros eran expertos en exorcizar demonios y también en la caza de brujas. Algunas víctimas que manifestaban síntomas de lo que actualmente se conoce como esquizofrenia eran sometidas a brutales torturas con el fin de arrancarles confesiones de prácticas de brujería. Luego se las castigaba con la muerte -expuso Duncan con gran animación.

Susan se sobresaltó al ver la imagen que apareció en la pantalla. Mostraba a una esmirriada joven, presa del terror, rodeada de una muchedumbre frenética, en tanto que unos monjes con sonrisa burlona encendían una hoguera a sus pies.

-Si la víctima confesaba, debía morir lapidada. Si no lo hacía, la arrojaban a un río o la quemaban en la hoguera. Las que sobrevivían era ejecutadas públicamente -continuó el psiquiatra.

La siguiente diapositiva provocó una exclamación ahogada entre el público. Con un escalofrío, Susan apartó los ojos del cadáver lívido y ensangrentado que una agitada multitud sacaba de un río.

-Solían extraer los cuerpos del agua para confirmar la muerte y luego volvían a arrojarlos al río para alimento de los peces -explicó Duncan con el mismo tono vivaz.

A Susan le pareció que Duncan disfrutaba como nunca lo había hecho en una conferencia dado que normalmente era un orador racional y objetivo.

-Demás está decir que ninguno de estos tratamientos curaba la enfermedad mental, aunque ésta debió haberse reducido bastante dado que la persecución de las víctimas era una práctica muy generalizada en aquellos tiempos -comentó riendo.

-Al parecer se divierte mucho -observó Adam cuando Duncan hizo una pausa para enseñar otra diapositiva tan siniestra como las demás-. ¿Es un poco sádico tu amigo o es idea mía?

-No seas ridículo -siseó la doctora-. Duncan es un gran profesional.

-Un delirio muy común entonces consistía en que los enfermos se creían lobos. Esta alucinación se trataba mediante la amputación de una mano o de una pierna para demostrarle a la víctima que era un simple ser humano. Afortunadamente el siglo XVIII se caracterizó por una tendencia hacia tratamientos más humanos, aunque las teorías sobre la esquizofrenia aún sostenían que la enfermedad era el resultado de actos maléficos, y por lo tanto, en esos casos, el tratamiento se limitaba a la represión y al castigo.

-¿Crees tú que las imágenes son necesarias? -gruñó Adam cuando Duncan mostró otra horrible lámina de un enfermo sometido a tortura.

-Simplemente intenta hacer un estudio minucioso sobre el tema -replicó Susan con voz débil, sin demasiada convicción.

-Una terapia posterior consistía en atar a los pacientes a una silla giratoria y moverlos a gran velocidad. De ese modo la conmoción generalizada que se producía en el enfermo acabaría con sus pensamientos morbosos, que eran la causa de la enfermedad mental, según se sostenía en ese entonces.

-Sencillamente el doctor disfruta con todo esto -insistió Adam, al tiempo que volvía a apretarle la . rodilla-. Si yo estuviera en tu lugar tendría cuidado con él.

-No seas absurdo -observó Susan en tono apagado mientras intentaba apartarle la mano que subía por el muslo de modo perturbador-. Quédate quieto y déjame escuchar, por favor.

Cuando acabó la exposición la audiencia prorrumpió en un cálido aplauso. Más tarde, Susan seguida de Adam, se reunió con Duncan en el vestíbulo y lo felicitó.

-Una buena respuesta del público --comentó el psiquiatra sonrojado y con gran animación-. Gente muy entusiasta -agregó al tiempo que ordenaba sus notas.

-Porque estuviste... increíble -aseguró Susan, todavía sorprendida por el tono de la conferencia-. No sabía que te entusiasmaba tanto la historia de la psiquiatría -agregó consciente de la presencia de Adam a sus espaldas-. Duncan Dilly, este es Adam Hargraves, cirujano ortopédico de este mismo hospital. Bueno, yo... supongo que se podría decir que lo invité a tu charla.

-Señor Hargraves...

-Adam, por favor.

-Bien, Adam -dijo sonriente y luego se estrecharon las manos.

Susan pensó que la expresión de Adam era inescrutable. Durante un segundo la mirada del hombre mayor se posó en ambos antes de concentrarse en el cirujano.

-Una charla muy ilustrativa -comentó Adam-. ¿ Te atrae especialmente el tema? -Podría decirse que es una afición. De hecho, actualmente estoy preparando un

libro sobre esto.

-No me lo habías contado -exclamó Susan.

-No es nada extraordinario. Simplemente un sencillo texto para estudiantes de medicina. Nada comparado con tus publicaciones, Susan. Y ahora al restaurante Lawson's, ¿no?

Susan abrió la boca con la intención de decir que Adam no iba, pero el cirujano le ganó la partida porque ya había murmurado una rápida afirmación acompañada de un gesto de asentimiento, al tiempo

que dirigía a la frustrada doctora una sonrisa de circunstancias.

Para sorpresa de Susan al parecer los hombres no eran tan incompatibles, porque antes de llegar al restaurante se habían enfrascado en una animada discusión sobre la próxima gira del equipo nacional de cricket.

Una vez en el recinto, un amable camarero los condujo a la única mesa libre situada en un rincón.

Mientras la doctora se introducía en el asiento de madera junto a la pared, miraba intencionadamente a Duncan para que se sentara a su lado; pero su colega estudiaba atentamente el menú pegado a la pared. Rápidamente Adam se acomodó junto a ella.

-Muy simpático -observó mirando alrededor.

-Nos gusta mucho -comentó Susan, muy tensa, mientras se apegaba a la pared para evitar el contacto entre ambos en el estrecho espacio.

-La carne es buenísima -dijo Duncan mientras se sentaba frente a ellos-. Hace dos años que vengo aquí con Susan y aún no me ha desilusionado la comida.

-¿Dos años? ¿Y tú, Susan, no te has sentido desilusionada en todo este tiempo? -inquirió Adam alzando una ceja.

-No, que yo recuerde -respondió ignorando otra posible implicación detrás de la pregunta-. Generalmente tomo el salmón. Aquí es muy bueno.

-Lo tendré en cuenta -dijo Adam.

Cuando una mano le tocó la rodilla mientras servían el primer plato, se dio cuenta que la cena no iba a ser placentera.

Adam había pedido sopa, así que la mano izquierda le quedaba libre para aventurarla discretamente sobre la pierna femenina, mientras ella, que no deseaba hacer una escena y que necesitaba ambas manos para servirse la pasta, solo podía enviarle una intensa mirada de rabia impotente.

-Después de tantas agradables veladas que hemos pasado juntos, pienso que éste ya es nuestro restaurante. Nuestro restaurante especial. ¿No lo crees, Duncan? -comentó con énfasis, al tiempo que le dirigía una intensa mirada.

-No, no realmente -parpadeó el psiquiatra sorprendido-, sólo que es el sitio más conveniente por su proximidad al hospital.

Susan quedó muy desilusionada ante la apática respuesta, carente de toda posesividad. Y a modo de castigo por utilizar una táctica tan transparente la mano en la rodilla ascendió audazmente hasta llegar al muslo femenino.

Cuando terminaron con el segundo, Susan aprovechó el momento en que Duncan elogiaba la cena al camarero, para dirigirle a Adam

una furiosa mirada, pero lo único que consiguió fue que subiera aún más la mano por el muslo.

-Supongo que para ti esto es muy divertido -murmuró apesadumbrada, sin mirarlo. Ya ni siquiera intentaba apartarlo y bajarse la falda. Sabía de sobra que la mano masculina volvería a insistir y que nada podía hacer si no quería que Duncan advirtiera lo que sucedía entre ellos.

-No me divierto en absoluto -respondió con la voz enronquecida-. Cuando salgamos de aquí te diré exactamente cómo me afecta.

Susan pidió postre y café, ante la mirada sorprendida del camarero y de Duncan, ya que no era su costumbre. Pero ella intentaba prolongar la cena lo más posible, aunque no se le escapaban las miradas de reojo del psiquiatra a su reloj.

-Mañana es día de trabajo y ambos sabemos que los cirujanos comienzan muy pronto. Adam, por favor no me esperes -dijo al tiempo que se obligaba a mirarlo directamente.

-No hay prisa. Te he reservado toda la noche.

-En ese caso os dejo. Todavía tengo trabajo en casa -dijo Duncan al tiempo que se levantaba seguido de Adam. Ambos se estrecharon las manos ante la mirada confundida de Susan-. Adam, ha sido un placer. Es raro que los colegas nos veamos fuera del hospital y he disfrutado de tu compañía. Espero que pronto repitamos esta cena.

-No sabes cuánto me gustaría.

-Duncan, no es necesario que te marches –dijo Susan con ansiedad-. Casi he acabado. Y podemos ir juntos a buscar nuestros coches.

-No, Susan querida -Duncan rechazó la oferta casi sin mirada, ocupado en despedirse de Adam-. Adam te acompañará.

Susan empezó a sentirse invadida por el pánico, pero decidida a impedido.

-Tu hermana tenía razón. Eres una rata -exclamó mordiente una vez que Duncan se hubo marchado.

-Deja de pelear conmigo y me portaré bien -repuso Adam imperturbable.

-No lo harás porque eres el hombre más mal educado y arrogante que he visto en mi vida. ¿Cómo te has atrevido a... acariciarme frente a Duncan?

-¿No crees que en dos años pudo haber sucedido algo entre vosotros si es que tenía que suceder? -preguntó Adam al tiempo que le ayudaba a ponerse el abrigo.

-No sabes nada de nosotros. Duncan y yo nos llevamos muy bien. Él representa todo lo que busco en un hombre. Sólo porque...

-¿Sólo porque no tienes el menor deseo de compartir tu cama con él? -preguntó con calma.

-Nunca me lo ha pedido.

-¿ y qué significa eso?

-Que es un caballero.

-Dime, ¿por qué mi proximidad física te pone tan nerviosa?

-Porque no aceptas un no por respuesta. No quiero tener nada que ver contigo Adam Hargraves. Y si no hice una escena en el restaurante fue porque no quise crearle problemas a Duncan. No te voy a invitar a casa. Y quiero que sepas que no te volveré a ver fuera del hospital otra vez. Adiós.

-Cobarde.

A punto de abrir la puerta del coche, Susan se volvió hacia él.

-Otra vez te equivocas, yo...

Pero no pudo acabar la frase porque en un instante sintió los brazos de Adam en torno a su cuerpo, y para su enorme sorpresa, ella comenzó a besarlo suavemente.

Se besaron 'varias veces, los ojos de Susan fijos en los de Adam, hasta que de pronto el hombre la apoyó contra el coche al tiempo que la alzaba y la apretaba contra su cuerpo buscando su boca casi desesperadamente. y Susan repentinamente sintió que su propio cuerpo respondía inexplicablemente a la urgencia del hombre, y volvieron a besarse hambrientos de deseo.

-Esta es una terrible equivocación -murmuró casi sin aliento cuando al fin se separaron-. Algo no marcha bien en mí.

-No pienses-dijo Adam con voz ronca. Ella se apartó de él.

-Hablo en serio. No tenía intención de responderte así. No sé que me sucedió, perdí el control. Ojalá te dieras cuenta que sólo mi cuerpo ha respondido, no toda mi persona. No, esto no va a funcionar, Adam.

-¿Intentas decirme que no deseas que te toque?

-No es eso, pero no lo deseaba de una manera emocionalmente profunda. Fue sólo una respuesta física.

-Eso está muy bien.

-No para mí, Adam. Lo que tú me haces sentir es muy... interesante. Pero deseo que te des cuenta de que somos incompatibles.

-Eso no significa que no podamos hacer bien el amor.

-No podríamos, Adam. Yo no quiero herir tus sentimientos.

-Hazlo.

-Estoy segura de que a pesar de tu agresividad, eres un hombre muy agradable. Y sé que eres un profesional muy capaz y respetado entre tus compañeros. Pero yo no busco una relación pasajera. y si así fuera, tú no serías el hombre que elegiría. Busco a un hombre más...

intelectual. Sé que hablo como una snob y me siento mal por eso, pero intento ser honesta conmigo y contigo. Como psiquiatra estoy obligada a conocerme a mí misma. y sé que la única manera de mantener una relación física gratificante es si encuentro...

-¿ Un hombre de tu mismo nivel intelectual? -inquirió Adam con gravedad.

-Ni igual, ni superior, simplemente un compañero con el que pueda comunicarme a nivel mental. Con el que pueda disfrutar de una buena conversación -dijo rápidamente al ver la sombría expresión del rostro de Adam.

-¿ Conversación?

Susan asintió con la cabeza.

-No soy exactamente una persona que disfruta sólo de un físico. A decir verdad, no podría relajarme completamente en los brazos de un hombre y sentir placer sexual si antes no existe una fuerte relación intelectual con él.

-¿No encontrarías placer sexual? Pero eso no puedes s erlo.

-Sin embargo lo sé.

-Tú eres virgen.

-y psiquiatra -replicó suavemente-,-. Y además me conozco a mí misma.

-No confíes demasiado. Te conoces menos de lo que crees -replicó Adam con la misma suavidad.

-Me alegro mucho de haber podido aclarar esto, Adam -dijo Susan al tiempo que abría la puerta del coche-. Perdóname si te he ofendido, pero al menos ambos sabemos qué terreno pisamos -agregó mientras se instalaba en el asiento del conductor-. No creo que volvamos a encontramos en estos mismos términos. Te deseo lo mejor. Esto segura que algún día encontrarás a la mujer apropiada. Adiós, Adam.

Capítulo 6

LOS viernes por la mañana, Adam debía atender la consulta ortopédica externa. Tras pasar visita a los pacientes ingresados, el

cirujano y su asistente fueron directamente a la clínica.

Tenían que trabajar con gran rapidez. La demanda de atención en el consultorio era tan grande, que para poder satisfacerla tenían que ver a más de ochenta pacientes en una hora. Debido a la inexperiencia de la mayor parte del equipo compuesto de médicos residentes, le correspondía a él o a Christopher, su adjunto, atender el grueso de los casos.

Aún y con todo, el sistema funcionaba. Pero lo que menos necesitaban, en medio del caos de la mañana, era que se produjese alguna crisis en alguna de las salas.

Después de atender la llamada de Denise, una de las enfermeras del servicio, Chris se acercó a Adam apresuradamente.

-Se trata de Tony -dijo en tono de disculpa-. Esta mañana surgió un problema en el servicio de enfermería especializada y se quedó solo un rato. Aprovechó ese tiempo para romper un vaso y cortarse una muñeca. En este momento no permite que nadie se acerque a curarle la herida y amenaza al personal con el vaso. Se encuentra bien, pero sangra todavía.

-Dile a Denise que voy para allá -Adam dejó de lado los informes que estaba estudiando-. Chris, quiero que te ocupes de las radiografías del paciente de la habitación tres. Lo han enviado aquí porque se queja de dolor en la cadera izquierda. Llama a Susan Wheelan y dile que si puede, se reúna conmigo en la sala Churchill.

El aspecto de Tony Dundas era patético. Se había enrollado una parte de la sábana manchada de sangre en el brazo izquierdo. Muy pálido pero con gesto decidido, se las arreglaba para mantener a distancia a las enfermeras, a tres médicos residentes y a dos guardias de seguridad con unos fragmentos del vaso roto que esgrimía como arma en una mano estirada y temblorosa.

-No seas idiota, Tony -dijo Adam calmadamente. Con el pensamiento puesto en la cantidad de pacientes que lo aguardaban en la clínica, decidió que no podía perder el tiempo con delicadezas psicológicas.

-No se acerque -advirtió el paciente.

Sin hacerle caso, en un par de zancadas se plantó junto a la cama, y tras inmovilizarle la muñeca, le quitó los cristales de la mano, sin darle tiempo de reaccionar.

Después de arrojar los fragmentos de cristal en un cesto que le tendía una enfermera, se puso los guantes y acto seguido examinó la

herida.

-Superficial -declaró al tiempo que extendía el brazo del paciente para que Denise lo observara-. No hay lesión arterial, ni de tendones o nervios. Encárgate de curarlo y ponerle una venda sólida.

Decidió que estaba demás hacer un interrogatorio sobre las causas de la ausencia de la enfermera especializada o de cómo Tony había logrado hacerse con el vaso. Bastaba con observar los rostros afligidos de los miembros de su equipo para darse cuenta de que tamaño error no volvería a ocurrir.

-Nadie amenaza o hace daño a alguna persona de mi equipo y de mi sala. ¿Queda claro? –dijo con la mirada clavada en los ojos de su paciente.

Tony volvió la cabeza a otro lado, esquivando la penetrante mirada del médico.

-Debieron haberme dejado solo -balbuceó.

-Eso no va a suceder. De aquí en adelante no te quedarás solo ni un minuto. Lo quieras o no te irás de mi sala sano y salvo. Te advierto que no me pasé cuatro largas horas en un quirófano intentando unirte la pelvis para que atentes contra tu vida antes que te dé el alta. Túmbate ahí, quédate tranquilo y deja que Denise te cure la herida. ¿Entendido? Denise, ¿quién puede quedarse con él?

-preguntó al tiempo que despedía al resto del personal con una seña.

-Yo me quedaré hasta que llegue el enfermero de psiquiatría. Nos llamó hace unos minutos para decir que vendría más tarde porque estaba sobre cargado de trabajo en su servicio. Durante la noche lo atendió una enfermera especializada, pero esta mañana no me percaté de que se había marchado al terminar su guardia sin esperar el relevo. Lo siento, Adam.

-Estoy seguro de que no volverá a ocurrir -la calmó Adam-. Necesitamos mantenerlo tranquilo. Haloperidol para empezar.

-Nada de sedantes.

Al oír la suave voz de Susan levantó la cabeza, con todos los sentidos alertas.

-Se ha cortado la muñeca.

-Lo sé -dijo la doctora con serenidad-. Siento que haya habido un desajuste en los turnos de esta mañana, pero yo me haré cargo de él ahora. Así como está, no creo que necesite sedantes.

Seguro de que la doctora sabía mucho más que él sobre la psiquis del paciente, Adam se mostró de acuerdo en dejar a Tony en sus manos.

-Tengo que volver al consultorio de externos. Si tienes ocasión

llámame o lo haré yo cuando pueda. Tenemos que discutir este asunto.

-Desde luego.

La necesaria formalidad de la conversación, en gran parte debida a la presencia de la enfermera, no mitigó la frustración de Adam que instintivamente tendía a imaginar su comunicación con la doctora de un modo bastante más íntimo.

Susan era diferente a todas las chicas que había conocido. Estaba acostumbrado a mujeres que disfrutaban abiertamente de su sexualidad, pero ella no se prodigaba. Demasiado analítica para

confiar en el instinto de su cuerpo, se protegía con las palabras.

Recién empezaba a comprender su error al haber demostrado su deseo demasiado explícitamente. Decepcionado, reconoció que tenía que aprender a adaptarse a ella. También se vio obligado a aceptar que aquello que comenzó de un modo trivial, se había convertido en una obsesión que lo mantenía inquieto por la noche y distraído durante el día.

No sabía si ese estado de ánimo se debía a su prolongada abstinencia sexual, o a que sencillamente ella era la única mujer objeto de su deseo que no se le había entregado fácilmente. Como fuere, tuvo que concluir que nunca en su vida había deseado algo o a alguien tan intensamente.

Susan tenía razón al decirle que casi no tenían nada en común, pero eso no cambiaba las cosas. Tenía que volver a recomponer su vida, su trabajo y su mente. Y se conocía lo suficiente como para saber que eso sólo sucedería si lograba conquistada.

-Entonces dejo a Tony en manos expertas -dijo en tono grave, incapaz de desviar los ojos de la suave curva de los labios femeninos. Pero al alzar la mirada, irritado consigo mismo por su debilidad, notó que Susan bajaba los ojos, intensamente ruborizada. Reconoció con un cierto alivio que se sentía tan turbada por la proximidad física como le sucedía a él-. Estaremos en contacto por lo de Tony. Denise, ¿cómo va eso?

-Casi he terminado -respondió la enfermera, inclinada sobre el brazo de Tony.

Sin decir más, Adam salió de la habitación.

De vuelta en el consultorio, comprobó que durante su ausencia los médicos internos se habían esforzado. La sala de espera estaba casi vacía.

En el curso de la mañana, cuando se encontraba ocupado con la escayola de uno de los pacientes, una enfermera le transmitió un mensaje de la doctora Wheelan.

-Dile que la llamaré apenas acabe con los pacientes.

A la una y media, sólo media hora más tarde de lo habitual, terminó su trabajo de la mañana. Adam fue directamente al teléfono y marcó el número de Susan.

-Soy Adam Hargraves. ¿Cómo está Tony? -preguntó en tono deliberadamente neutro.

-Ahora está tranquilo. Esta noche se sentirá mejor. He conseguido cobertura psiquiátrica para todo el fin de semana. Adam, quiero volver a disculparme por lo sucedido...

-No fue culpa tuya -la interrumpió-. Estoy seguro de que todos hemos aprendido la lección y que no volverá a suceder.

-Te agradezco que lo veas de ese modo. Hay otra cosa que quiero comentarte. Me las he arreglado con bastante dificultad para convencer a sus parientes de que asista esta tarde a una reunión familiar. Estaré allí con una enfermera de tu servicio y del mío, además de la asistente social. Estoy segura de que algo sucede entre ellos que no alcanzo a comprender. Tony estuvo de acuerdo con la reunión, pero todavía no ha decidido si estará presente. Sería muy útil que asistiera para observar cómo se relacionan entre ellos y a la vez para asegurarme que todos sepan exactamente qué es lo que ocurre. ¿Sería posible contar con la presencia de tu asistente o la de tu enfermera jefe con el fin de explicar el asunto desde el punto de vista ortopédico? Si tú pudieras sería mejor. La reunión es a las siete. Sé que es muy tarde, pero el padre trabaja hasta esas horas.

-Iré yo mismo. Pero tendré que marcharme sobre las siete y media porque luego tengo una reunión.

-Muy bien. Tu presencia será de gran ayuda. Nos reuniremos en la sala de seminarios de tu servicio.

Adam llegó antes de las siete, pero ni Tony ni los familiares se encontraban allí.

- Tony ha decidido no participar. No es un buen síntoma, pero contaba con ello -explicó Susan.-. Adam, este es John MilIs y Natalie Patel, enfermeros del servicio de psiquiatría. Y esta es Reece Wilson, asistente social de Tony. La familia aún no ha aparecido.

-Avísame cuando lleguen, estaré en mi unidad -dijo Adam tras intercambiar los correspondientes saludos.

Poco más tarde empezaba la reunión.

Adam dedujo que Susan había informado a la familia de lo ocurrido esa mañana porque empezó diciendo que Tony se encontraba más calmado. A continuación explicó que el cirujano tenía que marcharse pronto.

-Adam, si te parece podríamos comenzar con tu informe sobre las lesiones de Adam y la operación.

-Es difícil predecir cuánto tiempo tendrá que estar en reposo. Diría que unas doce semanas; claro que todo depende de cuánto tarden en soldarse los huesos de la parte posterior de la pelvis. Y eso no se puede pronosticar hasta que sea posible observar la evolución a través de rayos X -dijo Adam después de haber explicado la operación realizada en el brazo, pelvis y ambas piernas a fin de estabilizar los huesos.

-No me es difícil comprender por qué Tony intentó quitarse la vida. Yo haría lo mismo si supiera que no volveré a andar -manifestó la hermana con ojos llorosos.

-Claro que podrá andar. No hay ninguna evidencia de lesiones en el nervio ni en la espina dorsal-aclaró Adam con seguridad.

-¿ y se lo ha dicho a Tony? -inquirió el padre, bastante confuso a pesar de su agresividad inicial-. ¿Alguien se ha tomado la molestia de decírselo? Al parecer cree que se quedará inválido, según le comentó a su hermana CarIa.

-Nunca hemos tenido dudas de que volverá a andar -reiteró Adam-. Y evidentemente le hemos informado de su situación.

Susan apoyó su declaración.

-La depresión de Tony le impide pensar en cosas positivas, sólo ve el aspecto negativo de la vida. Pero cuando su estado de ánimo mejore, estoy segura de que mirará su futuro con más optimismo. Y además es obvio que su comunicación con ustedes no es la ideal -manifestó con calma.

-Cuando usted dice que es difícil predecir cuánto tiempo estará atornillado a esos aparatos, ¿quiere decir que podría prolongarse más de lo que usted piensa? -intervino ansiosamente John, el hermano, que hasta entonces había guardado silencio.

-Es posible -concedió Adam.

-¿Cuánto más?

-No puedo decirlo con seguridad, eso depende de cómo evolucione la fractura -reiteró el médico, sorprendido por la insistencia del joven.

Se produjo un pesado silencio entre los miembros de la familia.

-¿Hay algo que les preocupe en cuanto a la duración de su estancia en el hospital? –preguntó Susan suavemente.

-Mi esposa falleció en este servicio -dijo el padre de Tony penosamente, después de una larga pausa-, Se lesionó la cadera tras una caída. La llevé a Urgencias y la ingresaron para hacerle radiografías. Tres semanas más tarde había muerto. Al principio la enfermera, nos dijo que se había roto la pierna y que había que operarIa. Pero al día siguiente nos informaron que se trataba de un cáncer que se había iniciado en el pecho hasta llegar a la pierna. Nos

aseguraron que la quimioterapia podría ayudar. Pero no fue así. Nosotros queríamos llevada a casa, pero ellos la mantuvieron aquí y continuaron sometiéndola a pruebas. No sé con qué fin, si sabían que no había nada que hacer. El caso es que la dejaron morir aquí.

El hombre y su hija prorrumpieron en llanto. Adam por fin comprendió su rechazo al hospital, pero no sabía qué hacer. Afortunadamente los enfermeros ya se habían acercado a ellos para reconfortarlos.

-No saben cómo lamento que hayan perdido a un ser querido de manera tan repentina -dijo Susan suavemente-. Quiero que sepan que cuentan con toda nuestra simpatía.

-Quizá ahora puedan comprender por qué no hemos venido a ver a Tony. A ella la trajeron a la misma sala donde se encuentra mi hijo antes de trasladarla a la unidad oncológica. No puedo estar aquí sin recordar lo mucho que padeció en sus últimos días -dijo el padre con voz apagada.

-Si eso facilita vuestra venida al hospital, puedo hacer que trasladen a Tony a la sala Chamberlain, dos pisos más abajo -ofreció Adam, aliviado de poder hacer algo por ellos.

-Creo que es una sugerencia muy interesante porque Tony necesita la compañía de los suyos -intervino Susan mirando al padre-. ¿Pero, Martin, el traslado de Tony realmente ayudaría, o me equivoco si le digo que pienso que el problema es más profundo que eso? Quiero decir que si lo trasladamos a otra sala o incluso a otro hospital ¿se facilitarían las cosas para que ustedes lo acompañaran durante su rehabilitación?

-Él no quiere vernos -respondió el hermano en lugar del padre-. Le dijo a CarIa que quiere que lo dejen en paz.

-Sabe que para ustedes es muy penoso ir a esa sala, quizá no desea hacerles sufrir. A pesar de toda su agresividad Tony es un joven muy sensible -aseguró Susan con suavidad.

-Cuando era un muchachito -observó el padre-. Antes de la muerte de su madre. Después se volvió un salvaje con las drogas y las motos. Ha cambiado completamente.

-Eres tú quien ha cambiado -intervino Cárla con lágrimas en los ojos-. No Tony. Has sido demasiado duro con él. Desde lo de mamá... has sido demasiado duro con todos nosotros.

Sentado junto a Adam, lohn inclinó la cabeza al tiempo que se rodeaba las rodillas con los brazos. Susan se acercó y Adam le abrió un espacio para dejada junto al afligido joven.

-Adam, ya puedes ir a tu reunión si quieres. Yo seguiré con ellos -murmuró Susan.

Con evidente alivio Adam se dirigió a la puerta, sin que ellos lo advirtieran, sumidos en su tristeza.

En la sala Churchill se encontró con Margaret.

-Pobre hombre -dijo con simpatía al ver la expresión de su cara-. ¿Demasiado dura la reunión familiar?

-Está claro que algunos hemos nacido para ser cirujanos -admitió Adam apesadumbrado al tiempo que se aproximaba al panel de las radiografías.

-¿No tenías una reunión? -le preguntó su cuñado que había entrado en el despacho mientras Adam se preparaba para salir.

En ese momento recordó que Lawrence estaría de turno toda la noche hasta que él lo relevara a las ocho de la mañana.

-Ya me marcho. Estaré aquí temprano por la mañana -dijo Adam.

El comité de finanzas se reunía esa tarde a las ocho con el objeto de discutir los fondos del próximo año destinados a la investigación.

Lawrence lo siguió por el corredor.

-Adam, Barbara me pidió que te recordara lo de la cena de mañana.

-Larry, ya le dije que no iría -replicó Adam, exasperado.

-Tú sabes que ella no te hace caso -protestó Larry-. Además es una fiesta.

Habrá muchos invitados, así que puedes marcharte temprano.

-¿No estaréis tramando algo otra vez?

-De acuerdo, de acuerdo. Ella ha invitado a alguien especial para ti. Está todo arreglado, así que tienes que ir-respondió abrumado.

Casi habían llegado a la escalera de salida.

-Déjame adivinar. ¿No será una profesora de deportes?

-Sí. Pero es maravillosa -admitió Larry.

-Le dije que se la presentara a Chris McInnes.

-No lo hará porque está absolutamente convencida que es la mujer perfecta para ti.

-Me temo que tendrá que excusarse con la profesora. Además no puedo ir porque tengo mucho trabajo atrasado en el laboratorio -dijo con los dientes apretados mientras pensaba en la reacción de su cuñado si le contara que durante la semana, en vez de trabajar, se había pasado las horas concentrado en la forma de seducir a una psiquiatra poco dispuesta.

-También asistirán la hermana de Susan y su marido.

-¿ Y Susan?

-¿Estás de broma? Aunque... déjame decirte que últimamente no he visto a Babs tan disgustada con la idea de veros juntos. Quizá se le podría ocurrir alguna buena sugerencia.

Adam frunció el ceño.

-Dile que iré con dos condiciones: que me deje en paz y que me permita llevar a dos invitados. ¿Crees que aceptará?

Adam sonrió al pensar que a Chris no le disgustaría una buena cena gratis y una cita a ciegas con una bella profesora. Últimamente se quejaba mucho del lamentable estado de sus finanzas y de su vida sexual.

-Con tal de arreglarte la vida, ella aceptaría hasta una docena de invitados. ¿Y quién es esa misteriosa pareja?

-Ya se me ha hecho muy tarde. Adiós, Larry -dijo Adam al tiempo que ganaba la puerta de salida a la calle.

Capítulo 7

SUSAN estaba de guardia ese fin de semana en el hospital St Martin's. Muy temprano el sábado por la mañana se dirigió a su servicio para reunirse con su asistente y pasar visita por las salas de psiquiatría.

-Doce pacientes han salido durante el fin de semana, así que aquí reina la paz y la armonía -dijo Roy, enfermero a cargo de la sala Winchester-. ¿Hay alguna posibilidad de que la señora Bibby pueda marcharse a casa?

-A las once y media veré al dueño del piso -contestó Susan apesadumbrada-. No se mostró muy interesado cuando lo llamé por teléfono así que no albergo muchas esperanzas.

-Es una lástima.

La doctora pensaba visitarlo la noche anterior, pero la sesión con los familiares de Tony se había prolongado más de lo previsto.

Junto con su asistente echaron un vistazo a la sala de día, casi vacía, con excepción de dos pacientes de psicogeriatría que fumaban y leían en una esquina de la habitación.

-Iré a ver a Tony a la sala Churchill-comunicó a su asistente.

-Llamaron para decir que fue trasladado a la sala Chambedain -le informó Roy cuando abandonaba el despacho.

-¿ Ya? -preguntó alzando las cejas, impresionada por la rapidez con que Adam Hargraves había resuelto el asunto. A las nueve de la noche Tony todavía estaba en la sala Churchill y las enfermeras creían que no había posibilidad de traslado hasta pasado el fin de semana-. Estupendo. ¿Algún problema durante la noche?

-Todo en paz. La enfermera a su cargo dijo que había dormido toda la noche. Esta mañana ha hablado un poco acerca de su trabajo. Parece que es la primera vez que dice algo espontáneamente. Genial, ¿no?

-Buenas noticias -convino Susan.

-Supe que la familia se mostró muy afligida durante la reunión que tuviste con ellos.

-Hay una mezcla de dolor y de rabia por la forma en que murió la madre. Me parece que su muerte es la piedra angular de la ruptura de Tony con su familia. Pero todavía no entiendo por qué. El padre aún no está preparado para una reconciliación, pero los hermanos parecen más dispuestos. La hermana dijo que hoy vendría a verlo. Por eso me alegra el traslado de Tony. He programado otra reunión familiar para el lunes. Sin embargo no cuento con que asistan, aunque, a decir verdad, a Tony le es indiferente. Creo que hay que insistir. No vamos a conseguir una familia perfecta, pero si pudiésemos lograr que al

menos intentaran trabajar los conflictos que se esconden tras los problemas, al menos conseguiríamos que Tony no se mostrara tan propenso a esos ataques depresivos -explicó Susan.

Al cabo de un rato fue a la sala de Tony. Susan lo encontró un poco más animado.

-Desayunó muy bien -informó la enfermera de psiquiatría a cargo del paciente durante la mañana.

-Me alegro -dijo Susan-. Tony, ¿cómo va tu muñeca?

-Bastante bien -dijo al tiempo que alzaba las dos manos que aparecían vendadas como si llevara mitones-. El doctor Hargraves hizo que me las vendaran anoche.

-Como ves, no desea correr ningún riesgo. Ya lo oíste ayer. No quiere que estropees el brillante trabajo que hizo para que puedas volver a andar por tus propios pies.

-Sólo se las quito para comer -informó Sally, la enfermera.

-Dice que tengo que llevarlas todo el fin de semana -dijo Tony.

-Él es el jefe -se limitó a comentar Susan.

-Lo sé.

No le importaba la cuestión de los mitones. Aunque limitaba la responsabilidad de Tony sobre su propia conducta, lo beneficiaba en el sentido de que era una prueba tangible de que alguien se preocupaba por su vida y por su salud.

-Voy a tener otra reunión con tu padre, CarIa y John el lunes por la noche. Aunque sé que es decisión tuya, tu presencia sería muy beneficiosa.

-Mm -con una expresión súbitamente sombría, Tony volvió la cabeza sin decir una palabra.

-Piénsatelo -dijo la doctora al tiempo que se dirigía a la puerta.

Pensaba discutir con Adam los resultados de la reunión familiar después del fin de semana, pero al salir lo vio al fondo de la sala con su asistente y una enfermera, junto a la cama de un paciente. Susan se sobresaltó ante el encuentro inesperado. En ese preciso momento Adam alzó la vista y sus miradas se encontraron durante un segundo.

De inmediato pensó que escaparse la haría aparecer estúpida, así que se esforzó por calmarse mientras se dirigía al cubículo de las enfermeras con el fin de esperarlo allí.

-Intenta utilizar la barra que tienes aquí, Andrew.

Desde el sitio en que se encontraba, Susan no podía dejar de ver a Adam y de oír su voz grave. También podía ver que el demacrado paciente hacía un enorme esfuerzo para alcanzar un triángulo de metal suspendido del techo por una larga cadena. El pecho y la cabeza del joven estaban envueltos en vendas, sus miembros, salvo un brazo,

totalmente escayolados y las piernas soportaban un aparato de tracción. En el abdomen y en la afligida cara había cortes y contusiones.

La única región del cuerpo que no aparecía dañada era la espalda sobre la que se inclinaban Adam y su asistente.

-Dime si te duele cuando haga esto -lo instruyó Adam.

Susan no pudo ver qué es lo que hacía Adam, pero el paciente abrió la boca.

-Duele -dijo casi sin aliento.

-Compresión L2 -dictaminó el médico-. Vamos a necesitar una exploración radiológica exhaustiva.

De inmediato Susan comprendió que se trataba de la fractura de una vértebra en la parte inferior de la columna vertebral.

Christopher apresuró el paso hacia la mesa central donde estaba el ordenador. Al pasar junto a Susan la saludó con un movimiento de cabeza.

-Adam no tardará mucho. Este es su último paciente. ¿Cómo está Tony?

-Va mejor esta mañana -contestó distraída, impresionada por el minucioso examen neurológico que Adam practicaba al paciente, a pesar de las escayolas y del aparato en las piernas.

-¿Qué le pasó al chico?

Christopher dejó de teclear.

-¿Andrew? Se cayó por la ventana de un segundo piso. Había bebido más de la cuenta. Durante la noche se quejó de dolor en el abdomen y en la espalda.

-¿Estás de guardia este fin de semana?

-En ortopedia. Afortunadamente no me toca escayolar.

-¿Por qué afortunadamente? -preguntó Susan con la mirada fija en lo que Adam hacía.

-Porque es mucho trabajo cuando hay una fiesta por delante. El jefe me ha invitado a una cena gratis. Acabo de ordenar el examen radiológico -dijo Chris acercándose a Adam-. Puse que era urgente así que es probable que lo bajen a rayos dentro de quince minutos.

-Muy bien. Andrew, la enfermera te pondrá una inyección para aliviar el dolor. Deberás reposar unos cuantos días, y luego tendrás clases de rehabilitación para que puedas volver a moverte con soltura. ¿Cómo lo ves? -preguntó Adam con una sonrisa compasiva que no se le escapó a Susan.

-Bien, pero estoy un poco preocupado por mi novia -contestó el joven al tiempo que miraba a su alrededor muy afligido. Susan bajó los ojos para evitar que advirtiera que lo oía claramente-. No sé a

quien preguntarle, pero... ¿cree usted que con todo esto yo podré...?

-Si te refieres a tu vida sexual, he de decirte que en esa zona todo está normal -confirmó Adam con seriedad-. Aún más, me atrevería a decir que es la única parte de tu cuerpo que ha quedado intacta, amigo mío.

-Fantástico. Muchas gracias, doctor.

Susan sonrió ante la alegría del chico.

-Parece que es fácil de complacer -comentó la doctora cuando Adam y Chris llegaron junto a ella.

-Los hombres somos criaturas muy simples. Hola. .

Bajo la bata blanca Adam llevaba vaqueros y una camisa estilo polo de un tono verde oscuro que realzaba el color esmeralda de los ojos y de su tez morena. Se veía muy apuesto y, a pesar de que Susan no se preocupaba por esos detalles, no pudo evitar sentirse impresionada.

-Hola. Tony se encuentra mejor esta mañana. Claro está que necesita una estrecha supervisión, pero las cosas van progresando poco a poco. Creo que la sesión de anoche fue positiva. Vamos a tener otra el lunes por la noche, por si te interesa ir.

-La verdad es que no, a menos que mi presencia sea necesaria. -No, no es necesaria -dijo. No le sorprendía que Adam no quisiera presenciar otra reunión-, La verdad es que pienso que esas cosas no están hechas para ti -agregó con simpatía.

-Lo de anoche me pareció... interesante –dijo Adam.

-Se ve que acertaste en la elección de tu especialidad, ¿eh?

-Creo que sí. Recuerda que soy un cirujano. Sólo sirvo para remendar huesos rotos -comentó riendo.

-Los principios son los mismos -rebatió Susan suavemente, cautivada por la perfección de la sonrisa masculina.

-Pero las prácticas son profundamente diferentes.

-Ya lo sé -dijo burlona-. Te haré una confesión. Componer huesos va más allá de mi capacidad.

Adam la guió hacia la puerta.

-No hablas en serio. Chris a las nueve en la sala Ghurchill.

Sólo en ese instante, cuando llegaban junto a los ascensores del vestíbulo, Susan sintió la mano de Adam en su espalda.

-Hablo en serio -dijo al tiempo que entraba en el ascensor-. Para que me aceptaran en un programa de formación psiquiátrica tuve que hacer prácticas de medicina durante seis meses. Te confieso que todo el equipo médico y las enfermeras me aconsejaron que nunca me dedicara a arreglarle los huesos a un paciente. Con decirte que terminaron por prohibirme la entrada a la sala ortopédica.

-No te puedo creer.
-Totalmente cierto -aseguró la doctora entre risas.
Se encontraban en una de las plantas de cirugía y ella miró alrededor, asombrada. Había entendido que Adam iba a la sala Churchill para ver a su asistente, pero esa no era la planta.
-¿Adam...?
-Por aquí -dijo tranquilamente.
-¿Pero, no ibas a reunirte con Christopher?
-A las nueve.
Tras mirar el reloj Susan vio que faltaban diez minutos. Más tranquila ante el pensamiento de que nada demasiado preocupante podría pasar en ese tiempo, miró el vestíbulo bastante bien decorado.
-¿Qué es esto?
-Son las habitaciones privadas de ortopedia y neurocirugía -dijo mientras sacaba una llave para abrir una de las innumerables puertas que había a lo largo del corredor-. ¿Nunca has estado en esta parte del hospital?
-Nunca. Adam...
-Lo sé, lo sé.
Una vez dentro del despacho él la atrajo hacia su cuerpo al tiempo que cerraba la puerta con la espalda y se apoyaba en ella.
-Adam, tú y yo no tenemos nada que hacer juntos -alcanzó a murmurar.
La doctora sentía que era un juguete en sus manos, que jugaba con sus sentimientos mientras su boca buscaba la de ella una y otra vez, delicadamente; pero su gesto era tan perfecto, tan masculino, que ya no podía importarle.
-Adam...
-No tenemos nada en común -su voz sonaba tan tensa como los nervios de Susan-. Olvida eso. Calla y siente.
Ella sabía lo que iba a ocurrir, tal vez lo había sabido desde que entraron en el ascensor. Pero aún así, consciente de que no podía permitido y que lo más sensato era alejarse de allí, no podía evitar anhelarlo y le respondió sin ninguna reserva.
-Esto está muy mal, muy mal -susurró mientras la boca de Adam besaba su cuello arqueadq-. Te dije que no quería esto.
-Mentías -musitó Adam. Le había quitado la chaqueta de los hombros y sus manos se deslizaban bajo la blusa-. Eres una mentirosa terrible.
-Adam.
Las manos masculinas apretaron suavemente los pechos sobre el sujetador de encaje. Pero la sensación fue tan intensa que Susan

levantó los brazos para retirarle las manos.

-No -insistió-. Adam, detente, por favor. Pero él no se separó sino que cortó el ruego con su boca, besándola suave y delicadamente al tiempo que retiraba las manos.

Perdida en medio de la deliciosa ternura de sus besos, Susan sintió que el temor cedía.

-Está bien. Ya he parado -susurró Adam mientras le acariciaba la espalda-. Está bien. Mira. Ya no te toco.

Sus manos no la tocaban, pero jugueteaba con la punta de la lengua entre los labios de ella hasta que logró abrirlos. Y el beso fue tan intenso que Susan se dio cuenta de que deseaba más y más.

Las ondas de calor invadían su cuerpo mientras se entregaba entera al beso ardiente de Adam, que le enlazó la cintura atrayéndola hacia su cuerpo de tal manera que ella pudo sentir la inconfundible excitación masculina contra su propio vientre. Pensó que volvería a asustarse, pero no fue así. Más bien la invadió un sentimiento de poder, al comprobar que era capaz de hacer surgir la pasión en el hombre con tanta intensidad.

Pero lentamente él se desprendió de los brazos femeninos que le rodeaban el cuello y retrocedió un paso.

-Tengo que irme -dijo con voz ronca al tiempo que, incapaz de retenerse, volvía a besarla.

-Sala Churchill -murmuró ella.

-¿Me esperas?

-No puedo. Tengo mucho trabajo y estoy de guardia este fin de semana. Además tengo una entrevista con el dueño del piso de una paciente.

-Llámame cuando quedes libre -dijo al tiempo que bajaba la cabeza hasta posar sus labios en los de ella.

-Adam -protestó confundida por su entrega a las caricias del hombre-. No podemos... no puedes continuar con esto. Sabes que no está bien.

-Te escucho -replicó con una sonrisa-. No estamos hechos el uno para el otro. Soy demasiado agresivo e insistente. Y tú eres demasiado inteligente para mí -continuó en tono jocoso-. Ya lo sé, Susan, todo eso ya lo he oído. Pero llámame -dijo antes de desaparecer tras la puerta.

Pero ella no lo llamó. Y no fue por exceso de trabajo. Sobre las siete de la tarde sólo había tenido un ingreso. Se trataba de una paciente con una esquizofrenia crónica, visitante asidua del hospital debido a sus alucinaciones que necesitaban un aumento de la medicación. La asistente de Susan, acostumbrada ya, se encargó de ella sin tener que consultar.

La verdadera razón era que había decidido no llamarlo porque estaba segura de que ninguno de los dos tenía nada que ganar si seguían viéndose de esa manera y en cambio tenían mucho que perder, especialmente ella.

Casi al anochecer todavía se encontraba en su despacho intentando redactar una carta para Adam, pero a la vista del cesto de papeles que se llenaba de folios retorcidos, estaba claro que la labor no era nada de fácil.

Esa mañana había tardado mucho tiempo aplacar el ardor de su cuerpo y serenar su mente, y cuando al fin lo había logrado, se sintió débil y temblorosa. El recuerdo de su conducta lasciva retornaba a su mente una y otra vez. Casi con brutalidad se acusó de no haber hecho el menor esfuerzo por minimizar su propia contribución a los hechos, y la realidad la espantaba. La verdad era que él no la había forzado de modo alguno; más bien no sólo no se había resistido a sus besos sino que los había estimulado activamente.

Esa conducta le daba a Adam toda la razón para pensar que ella estaba dispuesta a hacer lo que él quisiera, pero la cruda realidad era que no, tuvo que reconocer con pesadumbre. Incluso si su cuerpo traicionero se sentía dispuesto, definitivamente su cabeza se negaba.

Sabía muy dentro de sí que le debía una explicación, una especie de disculpa, pero no se atrevía a hacerlo personalmente.

Leyó el último borrador. Luego con un leve gemido lo rompió antes de tirarlo a la basura. Con tantos años de entrenamiento psiquiátrico y análisis no debería serIe tan difícil expresar sus sentimientos y motivaciones, pero al parecer sí que lo era.

El sonido del teléfono móvil la arrancó de sus sombríos pensamientos.

-Aquí Susan Wheelan -dijo con voz crispada.

Se escuchó un zumbido breve y luego una voz muy varonil.

-¿Susan? ¿Dónde estás?

Todo el cuerpo de la doctora se envaró al reconocer esa voz.

-En mi despacho. En el St Martin's. Adam...

Pero era demasiado tarde. Él ya había cortado la comunicación.

Capítulo 8

ADAM nunca había estado en el servicio psiquiátrico del hospital St Martin's. El hospital, casi en las afueras de la parte noreste de Londres, compartía con la universidad un vasto terreno circundado de árboles. A pesar de los años que trabajaba allí, apenas sabía cómo llegar a la unidad de psiquiatría.

Después de aparcar el coche en el sitio destinado al personal, se dirigió a las oficinas administrativas situadas en el edificio de cuatro plantas, casi escondido entre tres largos pabellones de un solo piso. Pero las puertas automáticas no se abrieron y no había interfono, así que decidió entrar por el pabellón más cercano.

A través de las puertas acristaladas que rodeaban el vestíbulo pudo ver a una pareja de ancianos que fumaban tranquilamente. Les hizo señas para que abrieran la puerta desde adentro, pero ellos se limitaron a observarlo con la mirada vacía.

Al ver que iban vestidos en ropa de calle, presumió que eran visitantes y volvió a golpear en los cristales. Finalmente la anciana se puso en pie y se acercó a regañadientes. Pero en lugar de abrir la puerta, presionó la boca y la nariz contra el cristal hasta que quedaron blancas y aplastadas con un halo de vapor en tomo al rostro.

Adam suspiró resignado y enseguida se puso a buscar detenidamente hasta que al fin descubrió un botón sobre un portero automático.

-Adam Hargraves -dijo cuando una voz apenas audible respondió la llamada-. Quiero ver a la doctora Wheelan.

La puerta se abrió con un zumbido y Adam entró en el recinto. De inmediato sintió que dos brazos delgados como sarmientos, pero increíblemente fuertes, le rodeaban el cuello. Murmurando disculpas se desprendió de los brazos de la anciana que había optado por darle la bienvenida.

-Avisaré que has llegado -dijo imperiosamente.

-Muchas gracias -contestó Adam apresurando el paso.

-Buenas noches -saludó el anciano cuando se acercaba a la puerta-. Los gatos juegan, juegan. Los gatos desollados. Los murciélagos rezan, rezan.

-Claro que sí. Buenas noches -dijo Adam y de sapareció.

Pero enseguida tuvo que volver por donde había venido porque la puerta que comunicaba el vestíbulo con el edificio más grande sólo se abría con una tarjeta de seguridad. .

Tras volver a saludar a sus nuevos amigos y atravesar el recinto, se encontró con otra puerta acristalada. Pero esa vez le abrieron sin problemas.

Cuando se encontraba en el corredor, se abrió la puerta de un despacho.

-Hola. Soy Roy. ¿Y tú...? -saludó un hombre con barba de mediana edad, vestido con vaqueros y una camiseta de colores estridentes.

-Soy Adam Hargraves y busco a Susan Wheelan.

Roy sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó.

-Utilízala y me la deja con la doctora. La introduces en la puerta al final del corredor y luego subes a la tercera planta. Ahí encontrarás el despacho de la doctora. Que lo pases bien.

-Gracias -respondió Adam, sorprendido.

Mientras avanzaba por el largo corredor, sonrió pensando que en el futuro se encontraría con Susan en cualquier otro lugar. Cuando al fin encontró el despacho, abrió suavemente la puerta.

Reclinada en el sillón detrás de una gran mesa, Susan reposaba con los ojos cerrados.

-¿Susan?

La doctora abrió los ojos de par en par.

-¿Cómo has entrado sin llamarme?

-Por la sala Winchester.

Susan frunció el ceño.

-Pero, ¿y el sistema de seguridad? Se supone que nadie puede andar por aquí sin autorización y sin tarjeta de entrada. ¿ Quién te dejó pasar?

Adam no quería hablar de eso ni de nada. Desde que se separó de ella había tenido que luchar consigo mismo para apartar de su pensamiento la deliciosa figura femenina y su deseo de acariciarla. Afortunadamente había estado muy ocupado reparando el cartílago medio de la rodilla de un futbolista profesional que se había lesionado durante un entrenamiento. La operación era muy delicada y exigía concentración. Ensimismado en su labor, durante dos largas horas había dejado de lado su frustración al no recibir ninguna llamada de Susan.

-Quédate ahí. No quiero que te acerques y no quiero que me vuelvas a tocar. Había empezado a escribirte una carta -dijo enseñándole un folio en el que aparecía el nombre del cirujano-. Lo que quería decirte es que no debemos volver a vemos.

Adam suspiró. En ningún momento se le había pasado por la cabeza una actitud semejante. Quizá había dado por hecho que esa mañana algo habían progresado, pero al parecer todo lo ganado se había vuelto a perder.

-No me escribas. Dímelo personalmente. Ven a cenar conmigo y hablaremos del tema.

-¿Cenar en tu casa? -preguntó sorprendida, con una mirada desconfiada detrás de las gafas.

-No, en un lugar donde habrá muchas personas.

-No llevo un vestido apropiado.

-Estás maravillosa -declaró sonriendo mentalmente.

Por lo menos ese terreno le era familiar. Susan raramente le recordaba a otra mujer, pero su preocupación por la ropa no la hacía diferente de las otras que había conocido.

Para él se veía encantadora y muy deseable.

-No he traído maquillaje y ni siquiera tengo una barra de labios aquí.

-Tus labios están perfectos -afirmó pensando en que le gustaría demostrárselo, pero la actitud defensiva de la doctora lo desanimó en el acto-. Sé valiente y vive peligrosamente. Ambos tenemos que cenar y tú no dejarías escapar una oportunidad como esta para recordarme que no estoy hecho para ti.

Tras una mirada llena de duda, Susan recogió su bolso y ambos bajaron la escalera hasta llegar a la puerta principal.

Estaba oscuro cuando salieron a la calle y, aunque Adam no podía ver su expresión con claridad, se percató de su vacilación cuando la conducía al estacionamiento.

-Ambos estamos de guardia y es posible que uno de los dos tenga que volver al hospital -le recordó Susan-. Debería llevar mi coche por si hay una llamada de urgencia.

Pero Adam no tenía la menor intención de permitir un posible arrepentimiento.

-Iremos en el mío -dijo con firmeza guiándola hasta su propio coche-. Yo te llevaré al hospital si te llaman. Y si me toca a mí, te dejo mi coche. Alguien me llevará -agregó pensando en que Chris iría en su propio vehículo-. Es lo más sencillo. Y a propósito, ¿quién es Roy?

-¿Roy? -preguntó distraída.

-Sala Winchester, con aspecto de hippy –aclaró al tiempo que llegaban hasta el vehículo y le abría la puerta del acompañante-. Barba gris, fumador.

-¿Fumador?

-¿Es enfermero o paciente? -preguntó mientras hacía arrancar el motor-. Si es un paciente tendréis problemas porque me prestó una tarjeta de seguridad para abrir las puertas.

-Es el enfermero jefe de la unidad de psiquiatría. ¿Roy estaba fumando?

-En esa sala no vi a nadie que no lo hiciera -comentó mientras sacaba el coche del estacionamiento.

-Pero lo había dejado. Hacía más de un año que no fumaba. Se sometió a terapia y a hipnosis. Duncan le hizo seis sesiones de terapia de aversión para reforzar la hipnosis.

-Entonces comprendo por qué no le dijo a nadie que había empezado a fumar otra vez -murmuró Adam. Aún recordaba que una terapia aversiva consistía en erradicar la conducta indeseada mediante un castigo. Y todavía le preocupaba el vivo entusiasmo con que el psiquiatra había expuesto los métodos de tortura durante la conferencia-. ¿Crees tú que Duncan utilizó la terapia de la silla giratoria con el pobre Roy?

-Por supuesto que no -replicó irritada-. Duncan es una persona muy amable. Además no se interesa especialmente por la terapia aversiva. Utiliza una técnica psicológica llamada sensibilización simulada que consiste en pensar en el castigo más que en llevarlo a cabo.

Concentrado en el tráfico, muy denso los sábados por la noche, Adam apenas la escuchaba. Como la mayoría de los cirujanos, respetaba el trabajo de Susan. Pero eso no significaba que pretendiera comprenderlo. '

-Por lo tanto, como ves, Duncan no es una especie de sádico depravado sino un brillante psiquiatra, altamente dotado. Y yo lo admiro tremendamente -decía Susan en ese momento.

-Al parecer tiene varios campos que le interesan especialmente. ¿Y tú?

-Hablando en términos generales, me interesa principalmente la valoración del riesgo de suicidio. Actualmente preparo un estudio sobre el predominio de la enfermedad mental en los casos paasui'cidas que se presentan en la Sección de Accidentes del hospital St Martin's -explicó entusiasmada; pero de pronto se detuvo y agregó en tono de disculpa: -Parasuicidio significa intento de suicidio. Lo siento. Estoy hablando en términos demasiado técnicos.

-Pero te entiendo -dijo mirándola de reojo-. Sigue. Me interesa el tema.

-Lo dices por cortesía -dijo suavemente.

-Compláceme. Puedes explicarte en palabras sencillas si crees que no voy a comprender -dijo al tiempo que se detenía frente a un semáforo en rojo y le echaba otra mirada.

-Piensas que te hablo en tono condescendiente.

-Claro que sí. Pero no me importa -dijo riendo.

-Yo admiro lo que haces, Adam. Pero debes darte cuenta de que la cirugía ortopédica no atrae exactamente a lo más selecto de los médicos doctorados.

-¿No? Todos estos años he creído que esos zoquetes optaban por la

ginecología.

-¿Ginecología? Nunca había oído semejante cosa.

-Los ginecólogos sólo tienen que aprender variaciones en torno a dos operaciones. Si algo va mal piden ayuda a los expertos para que reparen los daños. Es posible que no sea tan sencillo como te lo planteo, pero así es como opinamos los demás cirujanos.

Tuvo que estacionarse cuatro casas más allá de la de Barbara y Lawrence.

-¿Adam...? -murmuró Susan sorprendida al ver la cantidad de coches estacionados en la calle.

-Relájate -dijo al tiempo que se bajaba para abrirle la puerta-. Annabel está aquí.

-¿Annabel?

-Esta es la casa de Lawrence y Barbara, así que ya conoces a varias personas, incluido Chris McInnes, mi asistente.

-¿Me has traído a una fiesta?

-No, a una cena preparada por Barbara –dijo guiándola hacia la puerta de entrada.

-Pero yo no voy a fiestas.

-Entonces es hora de que empieces -dijo al tiempo que se inclinaba para rozar con su boca los labios que se abrían en un gesto de alarma-. Es peligroso para mi tensión que me mires de esa forma. Cierra la boca, Susan, cariño. O tendré que llevarte de vuelta al coche e intentar algo que nunca he hecho en un espacio tan cerrado.

Más alarmada por la amenaza de Adam que por la cena de Barbara, Susan se apresuró hacia la entrada.

La puerta estaba abierta. En la amplia sala de estar, Lawrence se encargaba de mantener el fuego de una gran chimenea que desprendía luz y calor. Enseguida se sumaron a las más de veinte personas que llenaban la estancia. El calor y el ruido de conversaciones y risas invadían el ambiente.

Adam deliberadamente rodeó con su brazo el hombro de Susan.

-¡Adam, por fin has llegado! Pensábamos que te habías quedado pegado en el trabajo -saludó un exuberante y acalorado Lawrence, más por las copas que por el calor del fuego-. Susan, estás maravillosa -dijo al tiempo que se adelantaba con intención de abrazarla, pero una seca mirada de Adam lo detuvo en el acto-. ¡Atención! Esta es Susan y todos conocéis a Adam, el hermano de Barbara.

Todo el mundo se acercó a saludarlos. Adam intercambió unas cuantas palabras con los vecinos de su hermana mientras se adentraban en la estanciaa.

-¿ Qué te parece una copa igual a la que te ofrecí el otro día en el

pub? -invitó Lawrence a Susan.

-Preferiría algo muy suave -replicó la doctora con firmeza.

-Ya lo has oído. Una bebida sin alcohol -ordenó Adam.

-Adam, ¿dónde has estado...? ¡Susan! -exclamó Barbara que en ese momento salía de la cocina. De inmediato Adam percibió la mirada asesina que le dirigía su hermana al ver a su acompañante-. Hola, querida.

Con una agilidad envidiable Barbara se interpuso entre ellos y se llevó a la doctora en otra dirección.

-Es maravilloso verte otra vez. ¿Conoces a Chris, el asistente de Adam? Es tan simpático. No se parece en absoluto a Adam. Mira por aquí anda, comiéndose mis cacahuetes. Ven a hablar con él - dijo atropelladamente al tiempo que le dirigía otra mirada furibunda a su hermano y luego miraba intencionadamente a su marido.

-Creo que me corresponde presentarte a tu pareja de esta noche -murmuró Lawrence al oído de Adam-. Mónica está en la otra habitación. Ven por aquí. Toda una faena, ¿eh,Adam?

-No ha sido una faena -replicó Adam secamente.

Ignorando las protestas de Lawrence fue en busca de Susan.

Cuando llegó junto a Barbara cortó lo que iba a ser un elaborado discurso de presentación.

-Ellos ya se conocen -interrumpió lanzándole una dura mirada a Chris que le sonreía encantado a Susan-. Babs, preséntale a tu invitada especial. Yo cuidaré de Susan.

Sin darles tiempo para protestar se apartó con la doctora.

-Ignora a Barbara -dijo mientras la guiaba hacia la cocina donde pensó que podrían estar solos-. Ella cree que te protege, pero te aseguro de que Christopher es más peligroso que yo.

-Lo dudo -contestó Susan con una media sonrisa-. ¿Por qué me has traído?

-En parte para protegerme -murmuró al tiempo que la llevaba a un rincón de la despensa.

-¿De tu hermana?

Adam le informó brevemente acerca de la profesora que había contestado el anuncio de Barbara.

-Babs me ha dado la lata toda la semana.

-Pero al parecer la chica es estupenda -protestó Susan .

-Para Christopher -convino Adam al tiempo que miraba la tentadora curva de su labio inferior-. Pero si hubiera venido solo no habría podido zafarme.

-Pero Adam, ahora todo el mundo piensa que estamos juntos -dijo frunciendo los labios.

-Mmm. Y eso es terrible, ¿no? -murmuró inclinando la cabeza hacia los labios tentadores-. He pensado en ti todo el día. Deseaba abrazarte, besarte. Y ahora... ahora aquí no puedo hacer nada de eso. Me estás volviendo loco.

Adam la empujó suavemente hacia la zona más oscura del cuarto hasta tocar con la espalda las estanterías de la despensa.

-Soy yo la que se está volviendo loca. No sé que hacer -murmuró Susan.

-Tengo una sugerencia.

-Ojalá -susurró casi sin aliento. Adam se estremeció ante el delicioso contacto de los dedos de Susan sobre su pecho-. Sé que esto no puede continuar -agregó la doctora-. Sé que debería ser sensata, pero cuando estoy contigo, cuando estoy cerca de ti, como ahora, no puedo pensar con claridad.

Adam no podía hacerlo desde que la conoció.

-No quiero que pienses con claridad -dijo al tiempo que luchaba contra el deseo de acariciar su cuerpo. Las manos le temblaban de deseo. Sabía que no podía tocarla ni besarla porque si lo hacía, iba ser incapaz de detenerse. Además de dejarle claro a Barbara que sus esfuerzos por buscarle pareja eran inútiles, no quería que Susan pasara un mal rato si la sorprendían en una situación comprometida con él. Su propia falta de consideración le molestaba. Se regañó a sí mismo por no haber tenido más cuidado.

-Prometo que cenaremos y nos marcharemos de inmediato. ¿Estás dispuesta?

Incluso en la oscuridad de la despensa pudo advertir la confusa expresión de la cara sonrojada, pero su inmediato asentimiento lo tranquilizó.

- Y luego me llevas al hospital.

-Luego te llevo lejos de aquí -prometió al tiempo que le acariciaba los cabellos.

Por la forma en que ella se puso rígida y su largo suspiro adivinó que había comprendido, pero no deseaba oída discutir.

De pronto, cuando su cuerpo hubo aceptado que en ese omento era imposible dar rienda suelta a su deseo, sintió hambre.

-Quiero cenar -declaró al tiempo que se adelantaba a Susan para asegurarse de que no pasaba nadie por allí. Al ver el camino despejado la hizo salir de la despensa-. Vamos a comer.

Capítulo 9

ANNABEL y Mike, tarde como siempre, llegaron justo cuando Susan acababa de poner en su plato una muestra variada del exquisito y abundante menú que Barbara había preparado.

Susan buscó un lugar donde instalarse lejos de su hermana, que saludaba a todo el mundo como si los conociera desde siempre, pero Annabel la vio enseguida.

-¡Susan y Adam! -gritó mientras se acercaba a la pareja, seguida de Mike-. Qué sorpresa tan deliciosa. No sabía que ibais a venir... juntos. Dame un beso, encanto de hombre. Me parece que hace un siglo que no nos vemos.

Adam intentó zafarse del estrecho abrazo de Annabel que intentaba besarlo en la boca.

-Sólo hace cuatro días, Annabel-señaló Susan tranquilamente-. Y ahora vamos al buffet. Creo que necesitas comer algo -ordenó en voz baja al sentir la nube de perfume y alcohol que envolvía a su hermana.

-Vodka y martinis. Toda la tarde. Lo siento -murmuró Mike al tiempo que llevaba a Annabel en dirección al buffet.

-Realmente no bebe tanto -se disculpó Susan ante Adam-. El problema es que las copas, aunque sean dos, enseguida se le suben a la cabeza.

-¿Tienes más hermanos o hermanas?

Susan negó con la cabeza.

-Igual que tú, nosotras somos hijas tardías. Mi madre tenía cuarenta años cuando yo nací.

-¿Annabel es menor que tú?

-Sí.

-No lo parece.

-No me sorprende. Desde niña siempre tomó la iniciativa en todo. Créeme que a veces solía pensar que tenía otra madre, porque siempre andaba detrás de mí. Sólo que mamá no era tan bu lliciosa y entrometida como Annabel.

-¿Tus padres viven en Londres?

-Vivían en Kent. Nosotras crecimos en Tunbridge Wells. Mamá falleció repentinamente el año en que empecé a trabajar como médico adjunto y papá murió hace dos años -dijo con los ojos nublados de tristeza. Echaba mucho de menos a sus padres y su pérdida aún la conmovía.

-Lo siento.

-Sólo quedamos Annabel y yo -dijo mirando el arroz de su plato-. Y Mike y Emma, mi sobrina.

Ambos guardaron silencio mientras terminaban de comer. Cuando uno de los vecinos de Barbara se aproximó a Adam, Susan se excusó y fue a ofrecer su ayuda a la cocina.

Pero Barbara que ya tenía muchos ayudantes la echó, así que se entretuvo conversando un poco con algunos invitados sin dejar de percibir la mirada de Adam mientras circulaba entre unos y otros.

No estaba acostumbrada a sentirse pareja de un hombre y, aunque en el fondo sabía que no era cierto, disfrutaba secretamente de la situación.

Chris parecía haber congeniado estupendamente con la joven que Barbara había dispuesto para Adam. Los ojos del médico brillaban mientras se reía y charlaba con la atractiva profesora.

Contemplándolos, Susan no podía dejar de pensar que su vida habría sido mucho más sencilla si diez años antes hubiera encontrado a alguien tan impresionante como Adam.

Entonces todo el aspecto sexual de la relación hubiese sido bastante más simple. Le preocupaba que una aventura con Adam quizá le hiciera perder la oportunidad de conocer a otro hombre lo suficientemente valioso como para ser el padre de sus hijos.

-Decídete de una vez, Susie. El médico es divino y estarías loca si no lo hicieras -oyó la voz de Annabel que la había sorprendido con la mirada puesta en Adam-. ¿ Y si no encuentras a otro como él? -agregó con la lengua trabada por el exceso de alcohol.

-¿ Y si pierdo la oportunidad con otro por estar preocupada de Adam? Ya no soy tan joven, Annie.

-Deja de examinar las causas y consecuencias de cada cosa, hermanita. ¿Por qué no puedes ser una chica normal?

Susan suspiró.

-¿ Y qué es lo normal? ¿Hacer lo que te gusta sin reparar en las consecuencias?

-Al menos admites que te gusta. Es un buen comienzo. Escucha el consejo de tu hermana que tiene más experiencia que tú. Si no te sientes a gusto con Adam, no lo harás con nadie más. Pierdes tu tiempo esperando la llegada del hombre ideal.

-No me refiero sólo al aspecto físico de la relación. También existe el aspecto emocional.

-Sólo te pido que recuerdes que ésta es tu vida, no te conviertas en una simple espectadora de ella.

-Vamos, hermanita, te voy a servir un café. Y no sigas bebiendo más -dijo suavemente al tiempo que guiaba a su vacilante hermana hacia la gran mesa donde en ese momento Barbara disponía los postres.

Desde la cocina le llegó el sonido de un teléfono móvil pero acostumbrada a que todo el mundo lo llevara, no le prestó mayor atención hasta que vio que Adam se acercaba apresuradamente.

-Las llaves - dijo al tiempo que le entregaba una especie de calculadora y la clave para abrir el coche-. Ha habido un accidente en la autopista MI. Nos necesitan a Chris y a mí. ¿Podrás arreglártelas sola?

-Descuida, Adam.

-Probablemente estaré ocupado toda la noche. Te llamaré mañana - dijo al tiempo que le hacía una rápida caricia en el cabello.

Susan no sabía qué hacer con el coche de Adam. Tan pronto como él se hubo marchado se percató de que podría haber vuelto a casa con Annabel y Mike. Le sugirió a Barbara dejarlo allí para que Adam lo recogiera al día siguiente, pero la hermana se negó en redondo.

-Ni lo sueñes, es un coche carísimo. Si se lo roban me culpará toda la vida. Y por el amor de Dios, no lo lleves a tu casa. Le servirá de excusa para hacerte una visita. Déjalo en el hospital. Estará más seguro allí que en mi calle.

En comparación con su propio coche, un utilitario de once años, el de Adam era un deportivo último modelo.

Sin embargo, sorprendentemente no tuvo dificultad para conducir. El volante era mucho más ligero que el de su coche, y el acelerador respondía a una ligera presión.

Influida por el consejo de Barbara decidió dejado en el estacionamiento del hospital St Martin's. Definitivamente no quería enfrentarse a una visita de Adam.

Después de haber estacionado el vehículo en la zona reservada para el personal, se dirigió al servicio de psiquiatría. Eran casi las diez de la noche. Fue directamente a una sala con la intención de dejar un mensaje a Adam en la centralita a fin de informarle donde estaba el vehículo.

-¿Dónde has estado esta noche, dama misteriosa? ¿Vienes de una cita con un hombre llamado Adam? -dijo Roy al tiempo que le abría la puerta de la sala.

Susan suspiró.

-¿ Qué te parece si guardas silencio respecto a Adam Hargraves y yo no le digo nada a Duncan acerca de tu vuelta al vicio del tabaco?

-De acuerdo. Trato hecho -sonrió Roy.

Las campanas la despertaron. Le llevó un tiempo darse cuenta que ya era de mañana y que el sonido insistente no venía de la capilla de St Martin's sino de su propia casa. Saltó de la cama y fue al teléfono interno mientras se ajustaba las gafas.

-¿Diga?

-Soy Adam.

Todavía adormilada, Susan sacudió la cabeza para terminar de despertar.

-Lo siento, olvidé dejarte las llaves del coche. Voy a buscarlas.

Abrió la puerta de entrada al edificio para que pudiera esperada en el vestíbulo, bastante más abrigado que la calle. Pero justo cuando acababa de ponerse un abrigo y ya con las llaves en la mano, oyó que llamaban a la puerta.

Susan la entreabrió asomando apenas la cabeza.

-Lo siento. Debí habértelas dejado en el hospital-se excusó tendiéndole las llaves.

-Tengo una copia -dijo Adam al tiempo que empujaba la puerta y entraba en el apartamento.

Susan notó que llevaba la misma ropa de la noche anterior.

-¿ Vas a alguna parte? -preguntó al verla con el abrigo puesto.

-Pensaba bajar a entregarte las llaves -tartamudeó la doctora.

Con aparente interés, Adam ya se había puesto a inspeccionar el pequeño piso, muy limpio y ordenado.

-Nunca hubiera imaginado que eres de las personas que se pasan la mañana en la cama.

- Y no lo soy -protestó ella, asombrada por la soltura con que Adam se paseaba por su casa-. Son apenas las ocho y media.

-No me quejo -dijo en la cocina con una sonrisa que alarmó a Susan-. ¿Lista para volver a acostarte? .

-¡No! -exclamó echándose el pelo hacia atrás con mano temblorosa -. ¿Cómo conseguiste mi dirección?

-Annabel me la dio el día siguiente de nuestra cita a ciegas.

-No me extrañaría. Y las rosas, ¿también fueron idea suya?

-Sólo mía -dijo al tiempo que se aproximaba a ella.

Se le veía cansado, con los ojos enrojecidos y con la barba crecida.

-Ya veo.

-Susan, no he venido por las llaves.

-Te prepararé el desayuno -lo interrumpió precipitadamente al tiempo que bajaba la cabeza para evitar la caricia en su rostro-. Se nota que has trabajado toda la noche. Seguramente tienes hambre. ¿Fue un accidente muy grave? -preguntó camino a la cocina.

-Dos muertos. Treinta heridos. De ellos, diez muy graves. Todos adultos.

-Todavía debes estar muy ocupado -comentó, sobrecogida-. ¿Crees que tendrás tiempo para desayunar? -preguntó vacilante, con una caja de huevos en la mano.

-Todo está bajo control. Debo volver a las doce si no me llaman antes.

-Sólo estás a cinco minutos del hospital. ¿Cómo los quieres revueltos o pasados por agua?

-Me da lo mismo. Oye, sigues con el abrigo puesto.

-Sí -dijo con firmeza al tiempo que le daba la espalda y empezaba a batir los huevos.

-¿Siempre andas por la casa con el abrigo puesto?

-No siempre. ¿Dos tostadas o más?

-Basta con dos. ¿Tienes frío? ¿Quieres que ajuste la calefacción?

-No, está bien. Me gustó tu coche, pude conducirlo con toda facilidad -comentó al tiempo que revolvía los huevos en una sartén.

-Susan, sea lo que sea que lleves debajo del abrigo no puede ser más escaso de lo que imagino. Taparte de esa manera no ayuda en nada.

Susan guardó silencio y se limitó a poner los huevos en un plato que depositó en la mesa frente a él.

-y ahora ponte a comer. Hay sal y pimienta en el armario. El café estará caliente en dos minutos -dijo antes de desaparecer.

Tras ducharse se vistió rápidamente. Después de cepillarse el pelo y darse un toque de color en los labios, volvió a la cocina.

Adam había terminado de desayunar y a juzgar por el nivel de café en la cafetera, terminaba su segunda taza.

-Gracias. Por el desayuno. Estaba muy bueno -dijo tranquilamente mientras la examinaba con atención-. ¿Nunca llevas otra cosa más que trajes de chaqueta?

Susan parpadeó confundida ante la inesperada pregunta.

-¿Como qué, por ejemplo?

-Como vaqueros, camisetas. En fin, algo que no lleve chaqueta -dijo impaciente.

-A veces. Por ahí tengo unos vaqueros.

-¿Cuándo fue la última vez que te los pusiste?

-El año pasado -respondió con el ceño fruncido-. Para mí es importante mantener una imagen profesional, Adam.

-Pero es domingo.

-Los domingos suelo ir a trabajar al hospital, no con mis pacientes pero sí en mis investigaciones. y esa actividad es muy importante para mí. Tan pronto como quede libre de ti me iré para allá.

-Tan pronto como te deshagas de mí -repitió entrecerrando los verdes ojos-. Ya sabes que eso tomará su tiempo.

-No puedes quedarte aquí.

-Eso no significa que tenga que salir de tu casa a toda prisa -dijo al

tiempo que se le acercaba de improviso.

Susan retrocedió pero no con la suficiente rapidez, porque en un segundo él le besaba los labios rodeando sus mejillas con las manos.

-Tus labios saben a fresa. ¿Dónde está la ducha?

-Tienes que cruzar la habitación -dijo paralizada por la impresión-. Hay una maquinilla y hojas de afeitar en el cajón del armario, por si las necesitas. Y toallas limpias debajo del lavabo.

-Utilizaré las tuyas.

-¿Todos los hombres hacen cosas como ésta? -preguntó, aún inmóvil.

-¿Como qué?

-Como invadir la casa de una mujer sin invitación.

-¿Para qué volverse viejo a la espera de una invitación que nunca llegará?

-Finura, cortesía, buenos modales -gritó Susan para que la escuchara por encima del ruido del agua en el lavabo.

Pero sólo hubo una risa por respuesta.

Sin saber qué hacer fue a la cocina y se puso a hojear el periódico del día anterior mientras tomaba café. Por más que fingía estar serena, la verdad era que temblaba, con el oído alerta a los ruidos que provenían del baño.

Y aunque percibió la presencia del hombre detrás de su silla, de todos modos se sobresaltó al sentir su boca junto al oído.

-Te eché de menos -murmuró-. Tuve que enjabonarme yo solo la espalda.

-Adam, realmente pienso... -dijo tras un suspiro.

-No quiero que pienses -la interrumpió con suavidad al tiempo que la volvía hacia él. Llevaba sólo una toalla atada a la cintura.

-Adam...

-No te voy a hacer nada -murmuró al tiempo que la alzaba en brazos de la silla-. Estoy demasiado cansado para hacerte justicia y no hay tiempo. Sólo quiero descansar junto a ti.

Susan no sabía qué hacer. Todo era demasiado irreal.

-Me estás desnudando, Adam -protestó cuando después de dejada junto a la cama, comenzó a quitarle la blusa.

-Sólo unas pocas cosas -dijo al tiempo que descorría la cremallera de la falda-. Y esto -dijo deslizando los pantis por las caderas y luego retirándolos de los pies con mucha suavidad-. No te pongas nerviosa. Ya está. Así estarás más cómoda. ¿ Ves? Eso es todo. Puedes quedarte con el resto de la ropa interior.

Susan se sintió más segura al ver que respetaba el sujetador, las braguitas y la combinación que, aunque casi transparente, al menos en

algo la protegía de la mirada masculina.

-No te quites la toalla -advirtió.

-No me la quito.

-No me fío de ti.

-Muy sabio por tu parte -contestó a la alarmada mirada de Susan con una sonrisa-. Pero ahora necesito descansar. Túmbate a mi lado. Te prometo que sólo quiero dormir junto a ti. .

Asustada por su propia complicidad, Susan se vio bajo las sábanas junto al cuerpo de Adam.

-Pero no tengo sueño.

-Entonces quédate a mi lado y ponte a pensar -dijo al tiempo que le deslizaba una mano alrededor de la cintura y la atraía hacia él. Luego con una pierna enlazó las de la mujer. Susan quedó arropada por el cuerpo de Adam desde los hombros hasta los tobillos-. Mmm, que bien se está así. Despiértame dentro de un par de horas.

Adam se relajó, y enseguida se quedó dormido a juzgar por su acompasada respiración. Pero Susan se quedó junto a él, rígida y demasiado asustada como para moverse y despertarlo.

Ella nunca había compartido una cama. Y nunca había estado en posición tan íntima con ningún hombre. Se sentía pequeña. Protegida. Y excitada, como finalmente tuvo que admitir.

A las once y cuarto, retiró sus piernas de las de él y se incorporó en el lecho .

-¿Adam? Despierta -susurró.

Él abrió los ojos lentamente y la miró. La agudeza de su verde mirada le indicó que estaba totalmente alerta.

-¿Llamada de emergencia?

-No, sólo que me dijiste que te despertara dentro de dos horas.

-Gracias. ¿Dormiste? -dijo mirando sus pechos que se traslucían bajo el encaje.

Susan se tapó con la sábana, ruborizada.

-Totalmente despierta.

-Es una pena. Conozco una agradable manera de hacer que te sientas relajada y con deseos de dormir.

-No, gracias. No será necesario.

-Aunque sé que hay una parte de ti que apreciaría la oferta -replicó suavemente con una sonrisa divertida mientras de dirigía al cuarto de baño.

Ella salió de la cama y comenzó a vestirse. Pero al segundo vaciló al recordar el comentario sobre sus ropas. Enfadada por la sensación de tener que probarse algo a sí misma, cruzó la habitación hacia su armario.

-Susan, estaré ocupado el resto del día -dijo Adam asomándose en la habitación y ya vestido-. ¡Pero que sorpresa! -exclamó al verla en vaqueros y con una camiseta que le había regalado Annabel para su cumpleaños-. Preciosa. Te ves adorabIe.

-Sólo son unos vaqueros y esta camiseta que quizá me queda pequeña -dijo ruborizada.

-Estás perfecta -dijo al tiempo que.la abrazaba por la cintura y comenzaba a besarla-. Te ves muy joven. Invitas a la caricia y al beso.

-Lo que no significa que lo vaya a hacer. Basta ya -dijo a la defensiva separándose de él y de su mirada peligrosamente decidida.

Se produjo un pesado silencio entre ellos.

-¿Qué quieres decir con eso, Susan? –preguntó con voz apagada.

Susan se enfureció consigo misma por sentirse culpable.

-Verás...

-¿ Quieres decir que piensas mantenerme en suspenso para siempre? ¿Que sigues decidida a permanecer pura, casta y sola esperando al hombre perfecto? ¿Que hasta que encuentres al hombre que se ajuste a todas las condiciones que has puesto en la absurda lista de tus sueños no piensas permitirle a nadie que se acerque a ti?

-Es mi vida. Y puedo vivirla como me parezca -replicó con voz sorda y las palabras agolpándose en la cabeza.

-Vives en un mundo de fantasía.

-No espero que me comprendas.

-Tienes razón. No te entiendo.

Susan cruzó los brazos sobre el pecho, en un gesto defensivo.

-Adam, ni siquiera te has esforzado en comprenderme. Casi toda la vida he tenido a Annabel sobre mí, intentando manipularme, intentando hacer que me comporte de la manera en que ella piensa que debería hacerlo. La verdad es que no necesito que otra persona me presione de la misma manera.

-Está bien, Susan. Mensaje recibido. Lo siento si he... -se interrumpió bruscamente y se hizo un pesado silencio entre ellos. Luego miró el reloj como si el tiempo fuese muy importante para él-. No te volveré a molestar. Gracias por el desayuno y por... el resto -dijo con una expresión inescrutable.

-No hay de qué, Adam -respondió automáticamentee con la mente en blanco al tiempo que le seguía hasta la puerta-. Espero que no tengas demasiado trabajo y puedas dormir bien esta noche.

-Lo haré. Gracias.

Ninguno de los dos dijo adiós porque el adiós se había ya interpuesto entre ambos. Ella se quedó en el umbral hasta oír que la puerta del edificio se cerraba de un golpe. De inmediato sintió que e le

secaba la boca y la garganta.

Había deseado que se fuera y la dejara sola. Había conseguido lo que deseaba. ¿Entonces. por qué de pronto sentía como si irremediable ente hubiera vuelto una página importante de su ida?

Capítulo 10

TRES semanas más tarde Adam y Christopher terminaban de pasar visita en la sala Chamberlain.

-La señora Donad, el señor Red y tal vez uno o dos pacientes más estarán en condiciones de volver a casa en Nochevieja, así que al parecer comenzaremos el año con bastante tranquilidad por aquí -decía Adam.

-¿Entonces puedo tomarme unas vacaciones cortas durante las fiestas de fin de año? -preguntó Chris.

-De acuerdo. ¿Tienes algún plan? –preguntó Adam al tiempo que lo miraba con interés.

-A Nana y a mí nos gustaría ir a esquiar a Austria.

-¿Nana? ¿Y Mónica? -inquirió con el ceño fruncido.

Adam pensaba que todavía seguía entusiasmado con la profesora que Barbara se había visto obligada a presentarle la noche de la cena en su casa. Pero Chris se limitó a encogerse de hombros.

-Mónica ya es historia. La semana pasada me dejó por un banquero americano que respondió a su anuncio. Nana trabaja en el mismo colegio. Enseña Matemáticas. Y es fabulosa.

-¡Qué bien! -comentó Adam mirándolo con cierta envidia.

Tuvo que recordarse que a la edad de Chris, él también cambiaba de pareja con la misma ligereza que su asistente. Y reconoció con humildad que aún le escocía el fracaso de su aventura con Susan. «Tal vez debería decir mi no aventura», pensó con amargura.

La palabra escocer no reflejaba exactamente las largas horas que perdía paseando de arriba abajo, o mirando sin ver la pared de su despacho, y tampoco el nudo doloroso que sentía en el estómago desde el mismo día que se marchó del piso de Susan.

Aunque la decisión de marcharse había sido sólo suya, reconocía que Susan había tenido razón en despedirlo. Había actuado de una manera atroz.

Sólo le habían importado sus propios deseos sin preocuparse por los de ella, convencido de que sabía lo que era mejor para otro ser humano. Era culpable de todos los cargos que Susan le había hecho y se estremecía al pensar en la arrogancia de su conducta. En todo ese tiempo no había intentado verla. Siempre evitaba estar presente en la sala Chamberlain cuando la doctora visitaba a Tony Dundas.

Enfrentarse a su propia verdad fue un proceso muy duro, pero lo había hecho. Habían pasado tres semanas y no conseguía olvidada. ¿Por qué se sentía tan desconsolado? ¿Por qué no podía volver a su vida normal?

-Aquí tienes la tomografía que se le hizo a Tony -dijo Chris al

tiempo que le tendía las placas.

-Buena formación callosa en la sínfisis -observó Adam-. Signos de mejoría en el sacroilíaco. Bien, mucho mejor de lo que esperaba. Otras ocho semanas y estará fuerte.

-Se lo diré a la doctora Wheelan. Precisamente ayer me preguntaba por la evolución física de Tony. Al parecer no es capaz de comprender que tres meses es un tiempo récord para una fractura como ésa.

-Supongo que ya te habrás dado cuenta de que la doctora no tiene idea sobre este tema, ¿verdad? -comentó sonriendo con calma.

Ya no le molestaba que ella sólo se comunicara con Chris, como tampoco su ignorancia sobre la ortopedia.

-Claro que sí.

-¿Le preguntaste algo sobre la depresión de Tony? ¿Todavía piensa que es un parasuicida?

-No pude hacerlo porque ella tenía prisa. ¿ Quieres que la llame esta tarde?

-No, yo hablaré con ella.

Sólo era un asunto profesional y nada más. Y ya habían pasado tres semanas. ¿Qué daño podría hacerle?

-Cuatrocientos tostadores. Esto se ha convertido en una pesadilla para todos nosotros -se quejó Susan.

Se encontraba en el despacho de Duncan tras pasar visita por las salas. Su colega le sonreía comprensivamente.

-¿ Cuánto crees que ha gastado Lillian? -Miles de libras, y lo peor es que tiene pocos recursos económicos.

Hacía cinco años que Susan atendía a Lillian Brooks, paciente habitual del St Martin's durante veinte años. La paciente no toleraba el litio, tratamiento convencional para la depresión maníaca que normalmente mantiene al paciente relativamente estabilizado. Las otras medicaciones nunca le habían hecho demasiado efecto.

Por ese motivo las oscilación de Lillian entre episodios maníacos y depresivos no era nada nuevo, aunque Susan nunca la había visto tan eufórica. La invitación a una boda la había empujado a adquirir tostadores eléctricos. El mes anterior lo había pasado viajando en autobús por Londres, afanada en comprar decenas de tostadores a la vez.

-¿ y qué piensas hacer?

-No dudo que lograremos calmarla; pero es entonces cuando comenzará el verdadero problema -comentó la doctora apesadumbrada-. Cuando se haya serenado y eche una mirada al saldo de su cuenta corriente, se llevará un tremendo disgusto al comprender lo que ha hecho, y por consiguiente caerá en un episodio depresivo

que tardará meses en superar. A menos que podamos devolverlos a cambio del dinero, no se me ocurre qué otra cosa se puede hacer.

-Yo podría comprar uno y mi equipo otro. Ya serían dos -ofreció Duncan, pensativo.

-Rachel y yo hemos comprado uno cada una. Además Annabel se llevará uno y Mike otro para su oficina. Y por último he logrado que me compren uno en la sala Chamberlain, donde está Tony Dundas -dijo Susan con una ligera sonrisa.

Justo en ese momento sonó su teléfono móvil.

-¿Susan, eres tú?

A pesar de que hacía semanas que no oía esa voz, la reconoció enseguida.

-Sí, Adam -Susan tragó saliva al tiempo que con un movimiento de cabeza le impedía al discreto Duncan abandonar el despacho.

-¿ Cómo se encuentra Tony? Hoy he observado que no se encuentra bajo supervisión psiquiátrica.

-No, ya no es necesario. De aquí en adelante irá una enfermera por las tardes y yo lo veré dos veces a la semana. Está bastante mejor, aunque es importante mantener el contacto. La relación familiar empieza a funcionar y puedo asegurarte que sus tendencias suicidas han desaparecido casi por completo. Teníamos razón al sospechar que la muerte de su madre fue la causa del conflicto familiar. No sé si recordarás que la ingresaron debido a una fractura en una pierna. Sucede que resbaló a causa de una mancha de aceite que Tony había derramado en el suelo de la cocina. Mentalmente el chico asumió toda la culpa de lo sucedido que, como sabes, culminó con la muerte de la madre. Inconscientemente su padre también lo culpaba. En todo caso han hecho una buena terapia. Ahora padre e hijo parecen más unidos. Aunque la recuperación se podría acelerar si Tony estuviera libre de ese aparato ortopédico. ¿Crees tú que se lo podrías quitar cuanto antes?

Adam suspiró.

-Doce semanas es el tiempo mínimo para la rehabilitación.

-Christopher me dijo lo mismo -comentó Susan que no podía concentrarse en la conversación porque Duncan había empezado a hacer una extraña mímica.

Al ver que ella no comprendía, decidió escribir en su libreta de notas una palabra acompañada de un gran signo de interrogación.

-Adam, ¿necesitas un tostador eléctrico para el pan? -le interrumpió la doctora cuando el médico explicaba algo sobre el tiempo que tardaban en soldarse los huesos de la pelvis.

-¿Un tostador? -preguntó sorprendido.

-Sí, tenemos muchos para vender -dijo balbuciente al tiempo que la invadía una sensación de ridículo.

-¿Por qué no?

-Si quieres te lo envío o... si no te viene mal puedes venir a recogerlo tú mismo –dijo al tiempo que Duncan abandonaba el despacho-. Te lo digo porque hay muchos de diversas clases y precios. Así podrías elegido tú mismo -agregó atropelladamente pensando que Adam sería capaz de interpretar el asunto como una invitación indirecta.

-¿Intentas decir que quieres verme?

-No me gustaría elegir uno que no te sirviera para nada. Te sorprendería saber la variedad de prestaciones que hay entre los modelos.

-Susan, solamente quiero que me digas...

-Sí, sí. Quiero verte -dijo al fin, sin saber qué iba a decirle..

Tampoco tenía claro lo que perseguía con ese encuentro, pero lo cierto era que la situación entre ellos no podía continuar así. Y por último, anhelaba verlo.

-¿Entonces? -escuchó de lejos la voz de Adam.

-Estaré en mi despacho a partir de las siete.

Adam aparcó el coche justo en la entrada de la unidad de psiquiatría a las ocho menos diez minutos. Susan lo vio llegar desde la ventana de su despacho y fue a recibido a la planta baja.

El hombre vestía un traje oscuro con camisa blanca y corbata. Se veía magníficamente fuerte, varonil y apuesto. Pero también Susan advirtió que su expresión era lejana y su mirada indescifrable.

-Hola

-Hola -respondió ella-al tiempo que cerraba la puerta de entrada al edificio-. Sígueme por aquí -agregó sin poder evitar la rigidez de su voz y de su cuerpo.

-Bien.

-He hecho una exposición de tostadores para que puedas elegir con comodidad -comentó con una risa forzada al tiempo que abría la puerta del despacho. El silencio de Adam la puso más nerviosa aún-. Olvidé preguntarte si lo querías de acero inoxidable o de colores.

-Es igual. ¿Intentas venderlos todos? -preguntó sorprendido al ver la cantidad de tostadores ordenados con sus respectivos precios.

-La mayor cantidad posible -admitió compungida-. Una de mis pacientes... bueno, lo dejo porque es una larga historia.

-Dame seis.

-Adam, no es necesario que...

-Se acerca la Navidad y hay que hacer regalos, ¿no?- dijo. Sin darle

tiempo de hablar, extendió un talón con la suma total-. Aquí lo tienes.

-Gracias en nombre de la señora Brooks, mi paciente. Aunque no me parece posible que necesites seis tostadores -dijo riendo.

-Te ríes de mí.

-No -protestó ella.

Pero de pronto imaginó el árbol de Navidad de Adam rodeado de tostadores y estalló en carcajadas. Se acercó a la ventana para calmarse, pero Adam advirtió la convulsión de sus hombros mientras intentaba sofocar la risa.

-¿He hecho algo muy divertido? Dime qué es.

-No lo sé -respondió incapaz de contener la risa.

-¿Estás histérica?

-Es posible -continuó riendo.

-¿Debería darte una bofetada? -preguntó con seriedad.

La pregunta aumentó la hilaridad de Susan

-¡No!

Preocupado, Adam se acercó y le tomó la cara con las manos.

-Susan, ¿estás bien?

Intentó decirle que estaba bien, pero que estaría mucho mejor si la besara. Y en un segundo eso fue lo que Adam hizo. Y fue maravilloso.

Súbitamente calmada abrió los labios al sentir los de Adam, y lo besó con verdadera urgencia. Pero en lugar del abrazo apasionado que ansiaba, sintió que el hombre la alejaba de sí con las manos sobre sus caderas.

-No quiero hacer esto. Dime que me detenga -dijo al tiempo que le mordía los labios sin hacerle daño.

-No quiero que te detengas -respondió ella mientras le rodeaba el cuello con los brazos-. Bésame de verdad.

Pero las manos de Adam la mantenían alejada de su cuerpo.

-No hagas esto, Susan. Deja de jugar conmigo. Si sigues así no respondo de mí.

-Entonces hazme el amor -susurró al tiempo que lo besaba con arrebato, entregada a su deseo.

-Deja de burlarte de mí, y háblame de una vez por todas ¿Qué pasa?

Susan se quedó paralizada, segundo que Adam aprovechó para interponer la mesa del despacho entre ambos.

-Tenías razón -dijo ella con la respiración entrecortada-. Tenías razón cuando me dijiste que era una tontería quedarme sentada esperando al hombre perfecto. Annabel estaba en lo cierto al decir que la vida se ha hecho para vivirla. Siempre he actuado con extrema cautela y no he sido feliz. Pero tú me haces dichosa. Cuando estoy a tu

lado el mundo desaparece. Eres tan... sensual. Ningún otro hombre me ha hecho sentir lo que me atrae hacia ti. Sería una locura no hacer el amor contigo.

-Hace tres semanas me echaste de tu lado por decir eso.

-Sentí que me presionabas. No soy como tú o Annabel. Hago las cosas con más calma. Y pienso en los detalles, en las consecuencias de mis actos. Sentí que me forzabas a hacer algo que aún no sabía si deseaba. Necesitaba tiempo para conocer mis verdaderos sentimientos. Necesitaba espacio y tiempo. Pero nunca quise que te fueras como lo hiciste.

-¿ y ahora quieres tener relaciones sexuales conmigo?

-Sí. Lo he pensado mucho y ahora sé que es así. Si tú todavía lo deseas -replicó nerviosa y un tanto insegura.

-Has esperado treinta y cuatro años al hombre maravilloso, pero ahora decides que es mejor agarrarse a cualquiera porque tal vez Don Perfecto no llegue nunca.

-No tanto tiempo. Quizá unos quince años, en los cuales realmente no esperaba a nadie -confesó bastante nerviosa.

-Pero yo no quiero que me utilices de esa manera.

-No te utilizo, Adam. Esto es lo que querías, ¿no? Hace tres semanas no podías mantener las manos lejos de mi cuerpo -protestó invadida por el temor a perderlo.

-Hace tres semanas yo no sabía que me iba a enamorar de la mujer más enloquecedora de Londres -lanzó espontáneamente. Susan advirtió que Adam se había quedado más impresionado que ella al oírse decir esas palabras. Pero él se recobró rápidamente mientras ella se quedaba paralizada y muda-. Haz que me lleven los otros al despacho -dijo al tiempo que se dirigía hacia la puerta después de agarrar automáticamente un tostador.

-Adam...

-A propósito, sí que puedes hacerme el amor, Susan -declaró desde el umbral-. Pero primero quiero un anillo de bodas. No hay prisa. A menos que estés desesperada, desde luego. No pienso manipularte ni presionarte. Voy a dejar que decidas qué es lo mejor para ti. Tómate el tiempo que estimes conveniente. Mientras tanto, si recibo una oferta mejor que la tuya, te lo haré saber.

Susan tardó cuatro minutos en decidirse. Pero cuando lo hizo, el coche de Adam había desaparecido.

«¿Sólo cuatro minutos, Susan, para la decisión más importante de tu vida?», se dijo mientras corría al teléfono.

Pero la telefonista de la centralita se negó a darle la dirección de Adam, alegando que iba en contra de todas las normas.

Susan llamó a la unidad de traumatología, a la sala Churchill y a la Chamberlain, pero en todas le dijeron lo mismo.

Finalmente optó por llamar a Annabel.

-Quiero la dirección de Adam o el teléfono de Barbara, y no quiero preguntas.

Para su sorpresa Annabel le dio el teléfono de Barbara sin chistar.

Lawrence le proporcionó la tan deseada información de inmediato.

-Nunca le digas a Barbara que yo te lo he dado porque me mataría.

Precisamente ahora anda en su busca para presentarle a una bailarina de ballet.

¿ Una bailarina? Susan sintió que debía darse prisa.

Sin siquiera percatarse de la elegancia de la casa de Adam, situada en una calle arbolada del barrio de Highgate, Susan sólo advirtió que su coche estaba estacionado en la calle y que las luces de la casa estaba encendidas.

-Cásate conmigo -dijo entrecortadamente cuando él abrió la puerta-. Por favor.

Él le tomó las manos temblorosas al tiempo que cerraba la puerta y la apoyaba contra ella.

-¿Porque estás desesperada por mi cuerpo?

-Porque te amo.

-Porque soy Don Perfecto -dijo sonriendo.

-Porque eres arrogante y presumido y agresivo -susurró-. Porque no entiendo una palabra de lo que dices cuando hablas de tu trabajo, pero me encanta oírte. Porque he sido incapaz de pensar en otra cosa desde que intentaste desvestirme en el pub, la primera noche que nos vimos. No eres Don Perfecto pero yo ya no lo busco porque me enamoré de ti. ¿Y ahora se me permite acostarme contigo?

-Cuando te pongas un anillo de boda en este dedo. Y no antes, desvergonzada -dijo entre risas.

-Entonces duerme conmigo solamente.

-No, porque no me fío de ti -declaró al tiempo que le cubría la cara de besos.

Tuvieron que pagar el doble a fin de conseguir una licencia de matrimonio para casarse en Nochebuena.

-Porque no hay operaciones quirúrgicas entre Navidad y Año Nuevo. Es la única fecha en que Adam puede abandonar el trabajo -explicaba Susan a los sorprendidos amigos.

Como ninguno de los dos deseaba una gran ceremonia, se casaron en la capilla de hospital rodeados de familiares y amigos. Después de la ceremonia, todos se reunieron en la hermosa casa de Adam para tomarse el aperitivo que Barbara y Annabel habían organizado.

Más tarde los invitados fueron a despedidos a la puerta.

-¿Estás preparada, mi amor? -preguntó Adam al tiempo que abría la puerta de la calle.

Susan pensó en el pequeño bikini rosa que llevaba en la maleta.

-Estoy preparada, mi amor.

Dos noches después de su regreso de París, Susan encendió la televisión por primera vez en diez días, al tiempo que se decía que sería bueno preocuparse de otra cosa además del cuerpo de Adam.

En ese momento pasaban un informe sobre el accidente de tráfico que se había producido hacía poco tiempo en la MI. Cuando el periodista dijo el nombre de la persona que iba a entrevistar, Susan sintió un escalofrío. Tras el término del programa se precipitó a la habitación.

Adam leía tranquilamente en la cama.

-Acabas de aparecer en la tele, en un programa de la BBC -informó atropelladamente-. ¿Por qué no me habías dicho que eres profesor adjunto en cirugía?

-Porque ya no es así -Adam la miró sobre el periódico-. Desde el dos de diciembre soy el catedrático de cirugía.

-¡Rata! -chilló Susan al tiempo que arrojaba un almohadón a la sonriente cara de Adam-. ¿Por qué no me lo contaste?

-Me preocupaba que pudieras pensar que era un hombre demasiado intelectual para ti -murmuró estrechándola entre sus brazos-. Te adoro.

-y yo también -susurró la doctora al tiempo que su cuerpo recibía gozoso el cuerpo de Adam sobre ella-. Te amo, mi brillante profesor.

Helen Shelton - Cita a ciegas (Harlequín by Mariquiña)